A PIE Y DESCALZO

DE TRINIDAD A CUBA

1870-71

(RECUERDOS DE CAMPAÑA)

POR



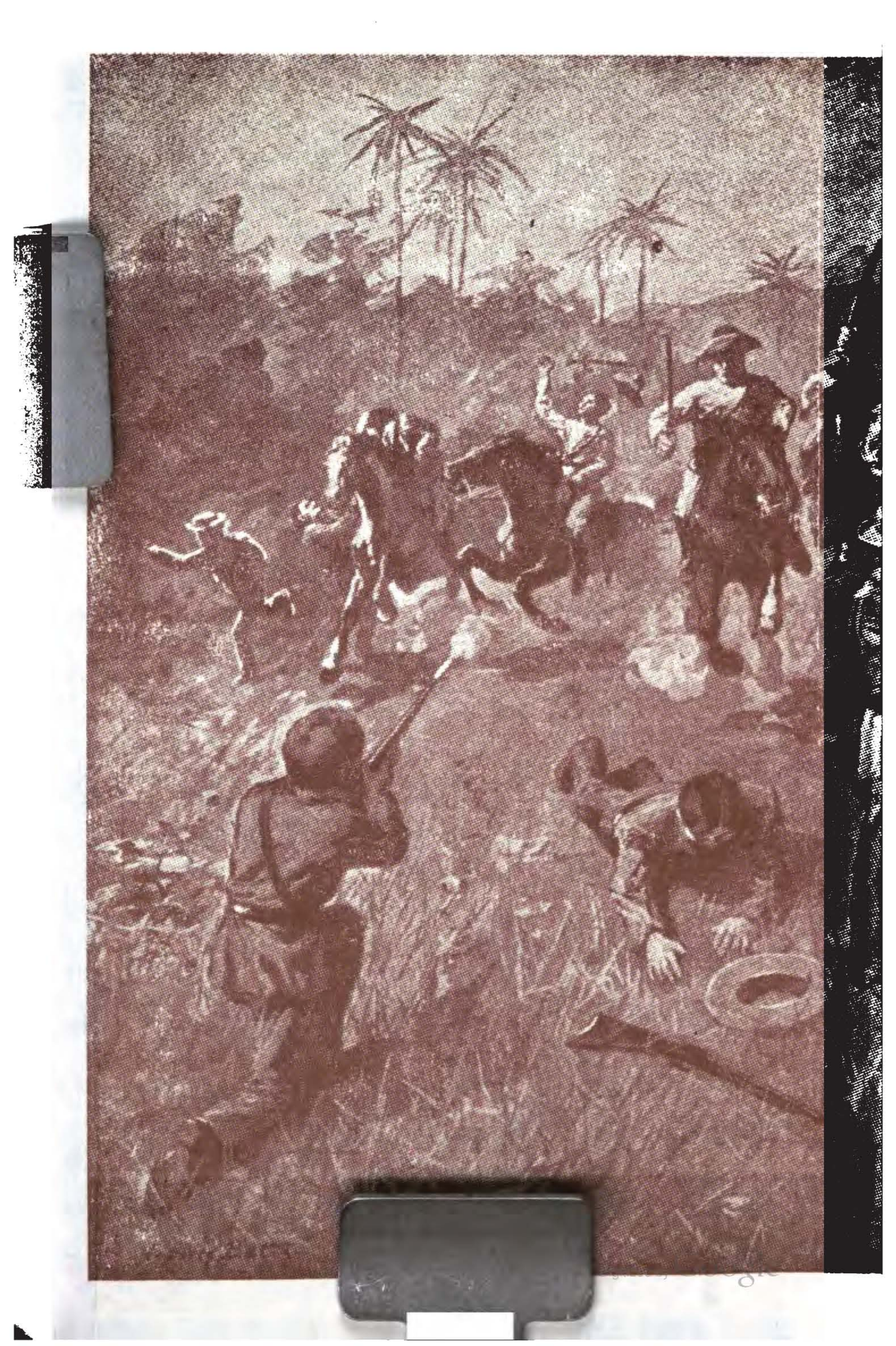
AYUDANTE SECRETARIO DE AGRAMONTE

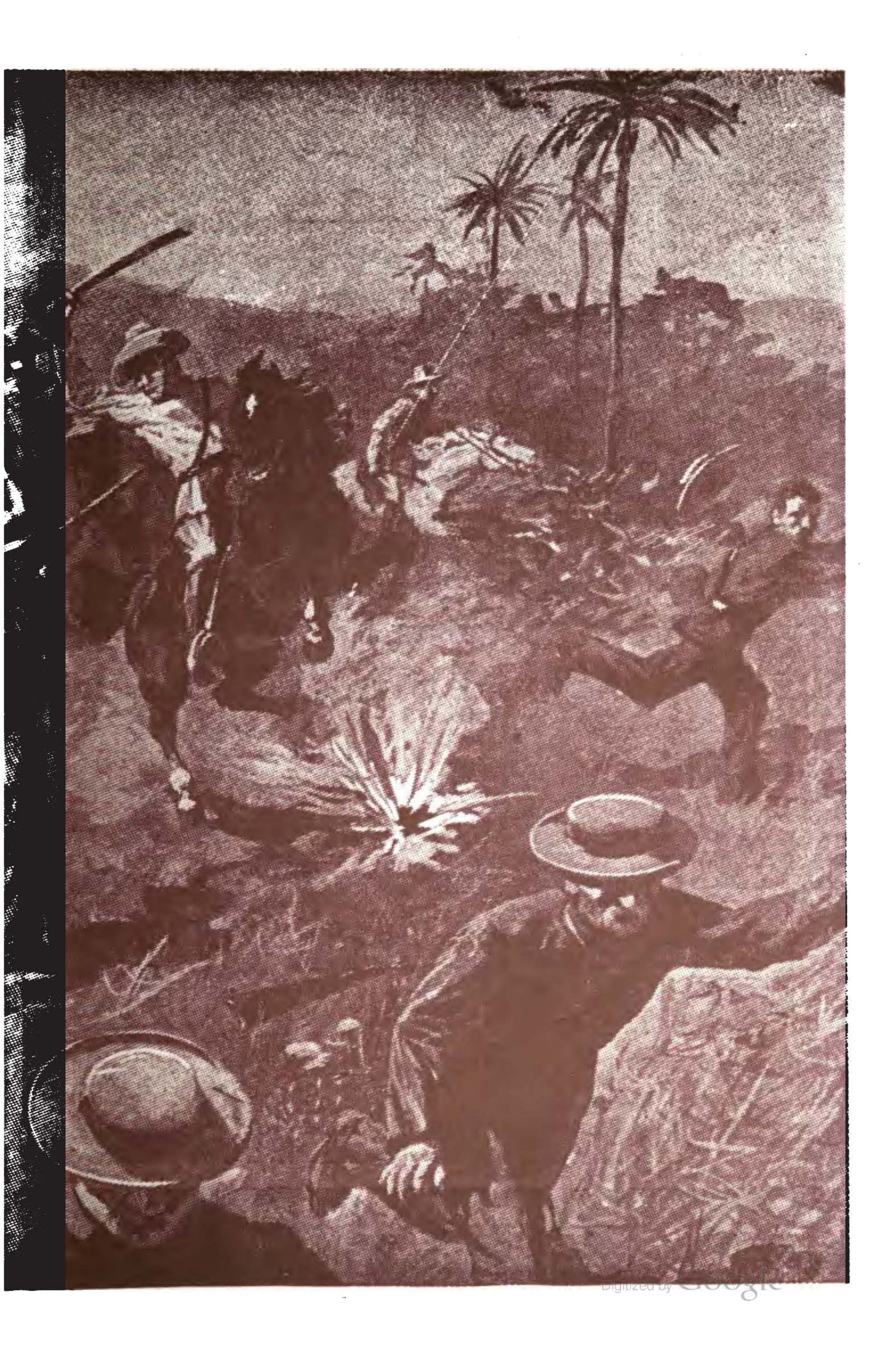


HABANA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO, CALLE DE O REILLY 9.

1890





A PIE Y DESCALZO
Ramón Roa

Esta edición es una reproducción facsímil del original publicado en la Habana en 1890.
Edición a cargo de Graciela González y Benito García.
Portada por J. B. Graphics
Impresión y encuadernación por Miami Book Mfg. Co.

Impreso en E.U.A. — Printed in the U.S.A.

A MIS HIJOS

Culpa es en parte de mi holgazanería intelectual que estas páginas escritas á la memoria, no lleguen á vosotros con algún estilo, con aceptable dicción, con el ropaje adecuado. Sin embargo, guardadlas como una narración verídica de las vicisitudes de mi vida en la época á que se refiere, para que os sirva de entretenimiento, útil, si os proponéis reflexionar sobre los hechos conque dice relación.

Echaréis de menos las galas del lenguaje; pero si el roce con las obras de los buenos autores, de los reputados estilistas, hubiera podido impelerme á hacer contorsiones de imaginación ó hácia un culteranismo en mi postizo para dejaros herencia de erudito; consuélame al fin poder esponeros la verdad en los términos mejor avenidos con mi llaneza y con mi escasa y rudimentaria cultura.

¡Salud, y juicio!....


....

ERRATAS.

Página.	LINEA.	DICE.	LEASE
8	32	asegurándonos.......	asegurándosenos
8	34	sebada	cebada
13	2	satisfaciese..........	satisficiese
13	9	respecto............	respeto
14	15	asentamos	sentamos
23	28	recatarlas...........	rescatarlas
25	30	horrores físicos y morales...	horrores morales
26	32	de mi casa	de mi causa
38	5	à ahorcajadas........	à horcajadas
71	8	por si lo es..........	porque si lo es

Á PIÉ Y DESCALZO

(RECUERDOS DE CAMPAÑA)

¡MUERTO DE HAMBRE!

Expedicionario del «Salvador» en su última aventura, había permanecido algunos días en «Cimarrones» con la mayor parte de mis compañeros en el campamento de Spotorno. El buen trato que este digno jefe nos dispensó y la sólida alimentación que hubo de proporcionarnos, nos restauraron un tanto el casi perdido vigor físico, ministrándonos á la vez el consuelo moral que habíamos menester en medio del tormento que la pérdida de la expedición causara en el ánimo de todos y que dió márgen á numerosas y sensibles defecciones.

Este doloroso resultado tiene fácil explicación; nuestro fracaso fué una esperanza frustrada; había una muchedumbre indefensa, perseguida, errante, sacrificada impunemente, sin más auxilio que el de su astucia para ocultarse ó el de su agilidad para sustraerse al golpe del perseguidor; debíamos armarlos para que se convirtieran en combatientes ó agresores.

y á la postre, desvaneciendo esas ilusiones, vinimos á aumentar su número, á alentar al enemigo, á hacer más difícil su angustiosa situación á la que había contribuido el reciente cambio radical de vida, cuanto á la alimentación irregular y defectuosa, que engendra estados patológicos, y al vestir escaso y sin aseo que los exacerba con la desmoralización.

Los hermanos Juan y Pascual Ossorio, Manuel Pimentel y otros se habían adelantado en busca del Gobierno Cubano, quedándome con López de Queralta y algunos más, para seguir sus huellas en la primera oportunidad

Llegó el día de emprender nuestra peregrinación; estrechamos la mano de Sportorno, y puesto á la cabeza de la liliputiense columna un práctico competente (Valladares) hicimos rumbo al Este.

Marchábamos sobre la parte montañosa de Trinidad. Era el otoño; las hojas amarillas alfombraban el suelo cubriendo la espesa y profunda capa de descomposición vegetal que año tras año se había venido depositando y que por su blandura, al hundir el pié cuando no se resbalaba por la humedad del rocío ó de la lluvia, hacía más trabajosa la jornada. Ibamos *á rumbo*, es decir, á salir á un punto determinado, sin vericueto ni señal alguna, guiados por el práctico que como todos los campesinos, parecía llevar una brújula mental que le daba la seguridad matemática de no extraviarse. Inmenso era el bosque; podía asegurarse que los rayos del sol no habían calentado allí la tierra, porque la urdimbre de la vegetación y del espeso follaje parecía tener la consigna de conservar perennemente la humedad y la sombra. Onduloso y desigual el suelo, y extraños nosotros á semejantes desniveles, con más, calzado extranjero de suela doble y de tacón, nos aconteció que el rifle, el machete, las

cápsulas, las polainas y hasta la manta terciada, de parafernalia indispensable para nuestra nueva vida de aventuras, se tornaron primeramente en objetos supérfluos ó de discutible utilidad y luego en onerosa carga para nuestros músculos á medida que adelantábamos en la obligada peregrinación. El equipo del soldado aumenta de peso con la marcha.

Subiendo y bajando alternativamente al compás de esas arengas disimuladas del espíritu que llamamos bromas, en los primeros momentos, apenas si nos bastábamos después para aspirar y respirar con embarazo al asirnos jadeantes de los árboles, arbustos y parásitas para no caer y rodar cuesta abajo desairadamente.

—¡Cuán distinto de esto—exclamaba uno fatigado—es ponerse delante de una máquina fotográfica después de un buen almuerzo y hacerse reproducir ataviado con los atributos del soldado y del patriota, exhibiendo la espléndida figura á sus familiares y amigos ó al curioso viandante de *Broadway* en el escaparate de un laboratorio!..... Pero no haya cuidado que si triunfamos, no faltará quien nos dedique algún soneto.....

—Ahí en esa otra loma, á una *voz* —dijo el práctico—está la prefectura de «Pico Blanco».

—¿Y qué distancia será esa de *una voz*?—se preguntaban los expedicionarios.

—*Aquí mismo*—repuso el práctico,—significando la proximidad del lugar.

Con tan halagüeña noticia recobramos bríos y esforzándonos, empezamos á descender hacia la cuenca, poco menos que entusiasmados, cada cual con el propósito decidido de saciar el hambre que de nuevo comenzábamos á experimentar. Bajábamos á trancos para después ascender la cuesta empinada de la

Prefectura. Ansiosos de llegar, íbamos tan unidos como lo permitía el terreno, echándose de menos al habanero Jackson que se rezagaba á cada momento, voceando con frecuencia ó articulando débilmente, porque más no podía, el arrullo de la tojosa, para llamarnos.

Enjuto como era y sobre enjuto de naturaleza, desgastado por la fatiga, llevando al hombro largo fusil de *Springfield* que él llamaba *espingarda*, parecía un espectro fantástico forzándose el paso entre las marañas y ramajes, los cuales á veces no podía arrollar con el pesado armamento, cayendo el infeliz de bruces según testimonio indubitable de las escoriaciones y rasguños que le desfiguraban el rostro.

Con indecible trabajo coronamos la loma y llegamos á la Prefectura.

Allí encontramos, además del Prefecto y su familia, á un norte americano que militaba en las fuerzas republicanas.

Disimuladamente paseamos la vista arriba y abajo, ávidos de alimento, por todo el *rancho*, tratando de explorar anhelosos en el rostro de cada uno de los de la casa la expresión del apetito saciado. A mí se me ocurrió mirar á los perros de la familia para ver si presentaban señales inequívocas de hartura, pero en vano ¡si tenían hundidos los hijares! y entonces hasta la *cotorra* que sobre un pié descansaba en un aro de bejuco, al oirla que gritaba, se me antojó que obedecía á los tormentos del hambre.....

Efectivamente, se nos informó que allí no había más que agua, eso sí muy cristalina como la ofrecen aquellas montañas, asegurándonos que si hubiéramos llegado dos días antes habríamos encontrado grande abundancia de riquísima carne de una novilla sebada como otra no se había visto.

La boca, — con la ponderación de la novilla que cayó como miel sobre hojuelas, — se nos hizo agua; el estómago se nos contrajo algunos centímetros más, el pensamiento volvió rápido hácia las pasadas penurias del desembarco, nos miramos unos á otros con mortecina languidez, nos entendimos y alzándonos de nuestra posición oriental medio entumecidos, reanudamos la marcha desconfiados, como si nos guiara en vez de la estrella fulgente de la esperanza, la escuálida calavera de la necesidad.

Al salir nosotros, una joven y simpática guajira escurriendo las heces á una botella de miel de abejas, ofrecía al estenuado norte americano poco más de un dedal del ya exhausto licor, diciéndole:

—No le pondré mucha agua pa que no quee desabría.

—No, señorita — contestóla el rubio *yankee* — pónela bastante agua, porque yo más quiero *mucho malou* que *poco buenou*.

Indudablemente el hombre prefería la cantidad á la calidad, y yo he de confesar que por esta vez sentí los retortijones de la envidia. ¡Qué dulce y apetitosa estaría aquella *sambumbia* ó «Cuba Libre», como ahora se la llamaba!

A las tres leguas, con Jackson siempre rezagado, dimos con un rancho de familia.

Tambien nos dijeron que dos días antes se habían acabado los recursos, usando para ello una expresión familiar entre los campesinos:

—Estamos á *últimos de mes*—decía el sangrientamente jocoso patriarca de la selva — sí, señor, á *últimos de mes*, hace dos días.

¡Dos días!.... Pensé que yo debería llamarme «Don Cuarenta y ocho horas después;» porque siempre llegaba con dos días de retraso en pos del alimento.

¿Qué hacer en semejante situación? Las fuerzas nos abandonaban y la extenuación se nos venía, presentándonos terrible disyuntiva. Optamos por el reposo que siempre refresca las ideas, y presto nos acurrucamos, sobre el duro suelo, hacinándonos sobre la reducida área de la habitación.

Aquella rústica vivienda consistía en cuatro estacas que á manera de columnas sostenían el agreste techo de *guano* de *manaca*, atadas sus *paletas* al *encujado* de *yaya* ó de *guairaje*. No había pared, tabique ni lienzo lateral que protegiera el *rancho* por los flancos, que todo ello estorbaría para huir en caso de un asalto.

Dejamos caer los párpados y al parecer dormíamos, que la debilidad no nos dejaba más que dormitar, soñar; discurrían fantásticamente por nuestra calenturienta imaginación suculentos platos de cuantos manjares nos eran conocidos aún de nombre ¡cómo saboreábamos tanto bocado exquisito!.... y al despertar, cuánta amarga realidad! ¡tragos de agua caliente con *ají guaguao* para confortarnos el estómago!

A las dos de la mañana la inundación del piso por la lluvia nos hizo poner en pié; nadie hablaba; cada cual devoraba su propio pensamiento, excepto Jackson que sentado apoyando la cabeza en una estaca, parecía no darse cuenta de nada, suspirando, aspirando anhelosamente y murmurando palabras ininteligibles.....

Apaciguó su furor el aguacero, y uno, sin duda el más osado ó enérgico emprendió un viaje de circunvalación á algunos *cordeles* de distancia, regresando luego con la noticia importantísima de haber descubierto una *punta de malangas*.

Aquello fué como la voz de *struck ile!* de los mineros de Pennsylvania al dar con el petróleo. El no-

ticiero á seguida hizo un ademán y todos nos dispusimos á seguirle.

Yo me dirijí antes al pobre que se reclinaba silencioso sobre la dura estaca; le llamé y no me respondió; le así del brazo, le sacudí y se desmadejó hasta dejar caer la cabeza.

—Jackson! Jackson!—le grité.

—Yo.... yo.... no me llamo Jackson... yo me llamo Jesucristo. .. Jesucristo....

Le tomé el pulso, le tenía débil y blando, la piel fría; deliraba.

Le abrigamos como mejor pudimos, colocándole en el espacio más seco del rancho y tras una mirada de compasión hacia el enfermo, partimos en demanda de las malangas.

Poco después regresamos con unos cuantos tubérculos cada uno, y fué nuestro primer cuidado asarlos al rescoldo para ofrecérselos al inválido; pero él continuaba frío, indiferente comatoso.

Devoramos aquello que era desayuno, merienda, comida y colación todo de una vez, escasa y malamente, porque las malangas no estaban en sazón, echándonos de nuevo á esperar el alba.

La situación de Jackson al día siguiente era aún peor; apenas si se le hallaba el pulso; suspendiéndole el párpado se le veía la pupila vaga y luego sombreado el labio por una veta entre negra y azulosa.

Nuestra impotencia excitó la compasión del dueño de la casa.

—Para encontrar carne—nos dijo—es menester pasar el rio que está *botao*; ha llovido mucho y el *ganao* está á dos leguas de aquí; pero eso no es *náa*; mi hijo el más grande sabe nadar; tiene mucho de *aquí* (tocándose la sién) á la verdad yo no lo niego y es *guapo;* pero que él no lo oiga, porque los muchachos en

cuantico que los celebran se ponen más ufanos y más *perros*; se vuelven repunantes y se echan á perder. El se terciará su *cáscara* (lazo de cuero) y á las 12 estará de vuelta con la carne. Le daremos caldo al enfermo, pero ustedes no se queden aquí porque detrás vendrá el *gringo* y lo que es yo me mudo ahorita con la familia y el enfermo.

El itinerario de nuestro práctico nos hizo tomar rumbo distinto al del rio crecido, despidiéndonos *in mentis* de Jackson para siempre.....

Al día siguiente el *ranchero* nos hizo saber por un hombre de la Posta que al darle un güiro de caldo, el pobre Jockson exhaló un ronquido, hizo una contorsión y expiró. El dueño y su familia, según nos dijo el mensajero, le dieron sepultura bajo un árbol coposo, colocando sobre aquella una palizada y doble camada de piedras, para preservar el cadáver de la polifagia de los perros jíbaros y puercos cimarrones, colocando á la cabecera de la agreste fosa el atalaya de los muertos: —una cruz!

¡Paz al patriota víctima del hambre!

*
* *

INOFENSIVO Y LETAL.

Comentamos la infausta nueva con el énfasis con que somos dados los humanos á acentuar el elogio de los muertos, si bien en este caso, aun á través del tiempo, me parecen merecidas las alabanzas que tributamos al patriota infortunado.

Por el camino habíamos deglutido con ansia verdadera lo único que nos fué asequible: —amarillas guayabas *cotorreras*, las que, triscando como escolares en asueto, arrancábamos á derecha é izquierda del sendero.

Nuestra permanencia allí nada nos traería que satisfaciese por lo pronto nuestro capital deseo, que era el de comer. El fogón estaba apagado, y frío como sus cenizas, fué el recibimiento que se nos hizo.

La pérdida de la malhadada expedición parecía gravitar como un delito sobre nuestros estómagos más que sobre nuestras cabezas, y en verdad que la tranquilidad de conciencia si alimenta el espíritu, no sostiene el cuerpo ni infunde á los extraños el respecto ni aún la conmiseración que merece la desgracia. O el hambriento es exquisitamente susceptible y malicioso, ó á nosotros se nos ocultaban hostilmente los recursos.....

Nuestras cavilaciones no eran hondas, pero si rápidas y sucesivas, y la nota predominante en la ebullición constante de nuestros cerebros era la de la impaciencia.

A falta de comestibles, bueno era el marchar en pos de nuevos horizontes.

—En marcha!—nos dijimos, y el práctico nos condujo y dejó en el Hoyo del Guayabal que como su nombre lo indica, era una concavidad formada entre la sierra, accesible por el cauce de precipitado y pedregoso arroyo.

Allí moraba un *ranchero* como de 50 años de edad con su esposa y tres chicuelos. El, con la barba libre de filo de navaja hacía tiempo, según lo crecida y bronca, y ella y los niños con el semblante anémico y sombreado comopor deficiente alimentación.

—El temporal del otro día—nos dijo—y el *jala pa cá y jala pa allá* de las contra guerrillas que andan detrás de los *despedicionarios* nos tienen sin carne que comer; aquí la pasamos como las cotorras—señalando á una pila de guayabas que en un rincón había —y hace dos dias—(¡ Dale con los *dos días*!)—que no

tomamos ni *agua caliente*,—que así también se llamaba al agua endulzada con miel de abejas.

Nuestra vista, mientras así se expresaba nuestro interlocutor, no se apartaba de una *tabla* de yucas que parecían en sazón á la orilla opuesta de la aguada.

—¿Y esa yuca?—interrogámosle.

—Esa yuca, camará, es *agria*, y desgraciados los que la coman porque es veneno.

—¿Veneno?—reflexionamos—de seguro que este *tío* se propone que nos marchemos, para gozar el solo de su sembrado. ¡Qué ha de ser veneno!....

Y así pensando, á una señal nos internamos un tanto en la maleza volviendo al poco rato con estacas ó *janes*, *yaguas* y bejucos que nos sirvieron para levantar de improviso una vivienda en la que asentamos nuestros reales, con no poca admiración del ya atónito ranchero que comprendía nuestras intenciones de acabar con el *yucal*.

Tres piedras, unos zoquetes para leña y un caldero que á él mismo pedímosle prestado, constituyeron nuestro hogar, y sin perder un instante, pusimos manos á la obra de arrancar las yucas, mondarlas, echarlas á cocer, enterrando otras en el rescoldo, después de sazonar aquellas con algunos granos de *ají guaguao* y zumo de limón.

El hombre cuchicheó con los de su familia, y formando todos una fila, de mayor á menor escalonados, nos contemplaban con tamaños ojos, como que se imaginaban estar en presencia de una horda de suicidas ó de locos.

El líquido se puso en ebullición; empezó à sonar la música anhelada, la tónica y vigorizante del primer hervor; esgrimimos los *güiros* y *jicaritas* de que veníamos provistos con demasiada antelación y casi volcamos el original puchero en nuestro afán de acudir á

llenarlos, todos simultánea y precipitadamente, para apurar el suculento caldo. Tal fué nuestra sopa precursora del entremés, principio, asado y postres que sinigficaban, *in totto*, las raíces por nuestras propias manos arrancadas.

Comimos hasta la saciedad al compás de las exclamaciones de «¡Alabao!» «¡Vírgen Santa!» «¡Vean eso!» de los indivíduos de la estupefacta familia que se persignaban pálidos, emocionados y cariacontecidos.

—¡Esa gente se ha envenenao!—decía el padre.

—¡Dios los ampare!—exclamaba la madre volviendo el rostro, á la vez que el mayor de los chiquillos se bebía las lágrimas; lo que casi no nos afectaba porque pocos días antes habíamos devorado carne de un *majá* que desollamos Manuel Reyes y yo.

Nosotros en el entretanto, merced á ese consuelo indescriptible que se experimenta cuando ya tiene esperanzas de morir de indegestión quien la víspera esperara morir de hambre, fuímos restituidos á nuestro antiguo buen humor y comenzamos á ser locuaces, á sentirnos felices y hasta deseábamos el momento de recibir nuestro bautizo de fuego, sin descuidar por eso el caldero que, renovada el agua, y la yuca, y el ají, y el zumo de limón, se sentaba otra vez magestuoso sobre sus tres piedras calcinadas.

Si en rigor lo primero fué el almuerzo, no tardamos una hora en servirnos la comida con no desmentido apetito y con sin igual contentamiento.

Llegó la noche; se las dimos buenas al ranchero á quien juzgamos *pechicato* usando de *agudezas*, que sospecho, y nos fuímos á dormir, lográndolo satisfactoriamente como si fuéramos unos benditos. Fué una de las noches más felices de aquella época singular de nuestra vida.

Al siguiente día, al otro y al otro repetimos la cu-

linaria operación, y encontrándonos fortalecidos, emprendimos la marcha con un *práctico* de la *casa de postas*, que por allí pasaba.

Aquel mismo día el ranchero, constituida su familia en asamblea consultiva, por unanimidad de los votantes, tuvo forzosamente que convencerse de que la que él tenía por *yuca agria* venenosa era tan inocente como la *yuca dulce* y se decidió á probarla.

Pocos momentos después de deglutirla, su mujer cargaba con él intoxicado por la misma yuca, para internarlo en el bosque con sus hijos, porque se aproximaba una contra-guerrilla que nos seguía la pista. Así se sustrajeron á la persecución, sin otro susto que el no pequeño que pasó el infeliz ciudadano que por poco no sobrevive al envenenamiento.

La contra-guerrilla, según después supimos, permaneció aquel día en el Hoyo del Guayabal, y como viera las señales inequívocas de que nos habíamos alimentado largo y tendido de aquellos tubérculos, única *vianda* que allí había, se decidió á utilizarlos. Comiéronlos en abundancia, se enfermaron, y renunciando á perseguirnos, retrocedieron á su campamento, después de haber sepultado á cinco hombres de los suyos que fallecieron por haber comido de la *yuca agria*. Nuestro práctico en dejándonos, se fué á reconocer las cinco sepulturas.....

Indudablemente la yuca era agria; y todos hemos leido que contiene en gran cantidad *ácido prúsico*. Con posterioridad pude ver sus efectos profundamente narcóticos en individuos que la comieron. Pero nosotros en aquel caso solo experimentamos satisfacción y bienestar.

Tomen la palabra los fisiólogos; tal vez el caso valga la pena.

*
* *

SINCOPE, ASALTO, DESOLACION Y MUERTE.

Esfuerzos casi sobrehumanos nos costaba el proseguir la marcha, y solo el convencimiento de que sin movernos sería seguro perecer de inanición, era lo que nos comunicaba impulso, creyendo en el adagio que más tarde oíamos repetir al general Modesto Díaz: —«el que no anda no tropieza.»

Como legión de espectros, atravesábamos los bosques, hasta que una antiquísima pista ó *picado* como el campesino dice, que probablemente sirvió antaño á algún ignorado *squatter* ó á algún *arranchador* de esclavos cimarrones, nos condujo al lecho de la fértil corriente denominada arroyo de Velázquez. Seguimos por una de sus márgenes andando largo trecho, hasta dar con el rancho del guajiro Agustín Lemus, viejo enteco, pero nervudo, alegre y animoso como pocos.

Nos recibieron con algún recelo, inspirado por nuestro exótico traje de expedicionarios que les hizo pensar fuéramos enemigos, pero á poco se convencieron de nuestra calidad de cubanos, y después de escuchar atenta y cariñosamente el relato de nuestras desventuras, la más acendrada hospitalidad vino á galvanizar el decaido espíritu, sobre todo, cuando se nos ofreció en abundancia excelente carne de vaca y boniatos asados y cocidos.

Era yo el más extenuado; apenas si podía respirar, y todos me contemplaron como al seguidor de Jackson en su viaje á la Eternidad cuando al llevarme á la boca el alimento, fuí presa de un síncope que me hizo desmayar en tierra.

Una hija de Lemus que guardaba la única ave de la casa, un pollo, con extraordinario cuidado para

cuando saliera del suyo, pues se le aproximaba la hora de la maternidad, sin consultar á nadie, con generoso instinto, sacrificó en mi obsequio la volatería y á poco me sirvió del caldo aderezado con sal y *yerba buena*.

Copiosa transpiración bañó todo mi cuerpo, precursora de una deliciosa reacción que me infundió el casi extraño hálito de la vida que había sentido extinguirse.

Me apercibí obstinadamente á seguir con mis compañeros, pero la familia se opuso haciéndome atinadas reflexiones, viendo yo luego partir á aquellos con el dolor y la desconfianza consiguientes á la primera separación de mis probados amigos, para quedar á la ventura entre desconocidos, sobre quienes, como sobre mí, pesaba una sentencia de muerte....

Allí, imperando la noche con sus misteriosos ruidos y sus densas sombras, se confirmaron las noticias del inmenso desastre moral que en el ánimo de la gente de los bosques ocasionara la pérdida de la expedición. Muchos se habían acogido al indulto ofrecido por las autoridades españolas, albergándose en sus poblados; otros llegaron á servirles de prácticos para perseguir á los «tenaces» y otros tomaban las armas para combatirnos decidida y ferozmente.

¡Cómo suelen influir pequeñas causas en la suerte de la guerra! ¡Cuán distinta situación si hubiéramos desembarcado felizmente!....

A los pocos días estaba yo físicamente restaurado; pero me era imposible andar por impedírmelo las úlceras abiertas que al menor rozamiento me hacían manar sangre de las piernas.

El pánico envenenaba la atmósfera de aquel rancho; durante el día el silencio que se guardaba era profundo; se aventaba el humo del fogón, que ardía solamente en los momentos de imprescindible necesidad

para no ser denunciados por la humareda; el oido, siempre puesto á todo viento, y se dormía de noche, según lo recomendaba Lemus, «con un ojo cerrado y otro abierto.» Solo aquel heróico é incansable viejo emprendía sus excursiones, y *montero* de *pura sangre* como era, traía siempre vacas escogidas para el sustento de sus familias.

Un día estaba fuera Lemus. Las mujeres, educados vista y oido para contrarrestrar sorpresas, me avisaron durmiendo yo por excepción la siesta junto al fogón, único sitio y única hora que podían calmar mis reumáticos dolores, que por lo intrincado del bosque á retaguardia venía gente. Contuve la respiración, miré cuidadosamente y escuché.....

—Habrán *olido* ustedes á la gente, porque yo no siento ruido—les dije—ni veo absolutamente nada.

—Pues nosotras nos vamos—me contestaron—y arrastrando sus líos de ropa y lo demás manuable, se ocultaron entre la espesura.

—Pues yo no me voy—las dije— si son *ellos*, ya lo sabrán ustedes con certeza por los tiros.

En verdad, que, cansado de ansiar por nuestra fuerza para incorporarme, casi prefería exponerme á morir, á lanzarme al monte indignamente entre las faldas de aterrorizadas fugitivas, decisión quijotesca propia de un novicio que presto no obstante hubo de pesarme; porque al ver un grupo de hombres armados de fusiles, comprendí la realidad, más no quise dejar mal puesta la bandera:—era yo joven y no podía exponerme al veredicto de cobarde fulminado por mujeres.

—Alto! Quién vive?—grité á los que avanzaban.

—Cuba Libre!—me contestó una voz con genuino acento de español.

Atisbé, preparé mi *Spencer* y miré hasta distin-

guir la fisonomía del que venía delantero, la que confirmó mi audición.

—¡Avance uno ó hago fuego!—prorrumpí.

El individuo, hecho cargo de mi intimación, con una señal hizo detener á los demás y avanzó solo.

Albricias! Traía una escarapela formando una estrella solitaria, cucarda de Cuba Libre.

Era José Galeote, andaluz y soldado desertor del *Batallón del Orden*. Andaba recogiendo ó reclutando hombres útiles para el servicio, y en prueba de ello me exhibió las credenciales de sú comisión, firmadas por un Jefe cubano caracterizado.

Todos ellos penetraron en el rancho; regresó la familia y aquella tarde nos fué servido un soberbio *ajiaco* en un plato de palo, ó *balay*, y en una *bangaña*, enorme jícara de güira, que fué destinada al caldo sazonado con ají *cachucha*.

Las noticias que de sobremesa nos comunicaron los recién llegados fueron, por supuesto, halagüeñas en extremo, como cuadra al patriotismo fustigado, pero no rendido.

Ví en Galeote, sentenciado á muerte y conocedor del terreno, una garantía para valerme de él y continuar mi viaje al Camagüey adonde tambien él se dirijía, y á los 28 días de permanencia en el bohío del buen Lemus reanudé mi marcha, yéndome con Galeote acompañado de su mujer, guajirilla que con él compartía las glorias de una errante luna de miel.

A la madrugada siguiente, una guerrilla sorprendía el rancho con una descarga de fusilería, capturándolos á todos é hiriendo entre otros, á una negra anciana que ya con no poco trabajo se arrastraba hasta el fogón para ver de asar algún boniato, mientras el calor artificial la consolaba del frío de sus 90 años de mísera existencia.

Los restos de la negra fueron sepultados por piadosa mano después de retirarse el enemigo.

A los dos días descansábamos en la Prefectura del Charcon.

Aquí—me decía Galeote—podemos estarnos un par de días mientras se lava la ropa de mi mujercita, porque no habrá novedad. Esta gente es muy patriota; viven muy escondidos y el rancho está acabado de hacer, sin vereda, sin camino ni *pojado* por donde nadie venga á molestarnos.

—El demonio las carga—le contesté—y yo no me quedaría confiado, en la jurisdicción de Trinidad, por lo que V. sabe de traiciones y movimientos del enemigo hasta en grupos de á cuatro para perseguirnos, convencidos de que no hay cartuchos.

—Nada, ya V. verá. Aquí no viene nadie. ¿V. no vé que aquí *el diablo dió las tres voces?*

Ya me daba vergüenza manifestar más temor y me resigné á quedarme aunque á regañadientes.

Eran moradores de aquella Prefectura unos veinte hombres además de la numerosa familia del prefecto compuesta de varias mujeres y niños. Los hombres, enfermos rezagados, no tenían armas de ninguna especie, y en reducido espacio en el plano inclinado de una loma ocupaban tres bohíos pequeños. Yo con Galeote, su mujer y su asistente el congo José, tomé posesión del *rancho* más grande, situado casi en el centro del irregular *batey* improvisado.

Debíamos de partir al día siguiente á repetidas instancias mías, y al cerrar la noche nos recogimos todos menos José que quedaba preparando el matalotaje ó *guacabina* consistente en carne de vaca frita con sebo de riñonada.

Como las 10 ú 11 de la noche serían, —que allí no habia reloj para precisar las horas, por más que algu-

nos á favor del hábito se aproximaran á la habilidad de Manggiamelo, —cuando el olor corroborante de la fritura tocándome el olfato aguzado por el hambre, me hizo despertar.

—José—le dije al congo—déjame probar la *guacabina*.

A poco me engullí un buen pedazo de carne que hize rodar suavemente hasta el esófago con los tragos de agua que apuré de un *güiro*.

Noté que lloviznaba, y temeroso de que acrecentara la lluvia hube de desatar mi hamaca de *cabuya*,—arqueado lecho que me habían prestado para que no durmiera en el suelo materialmente cosido en una piel de vaca,—armándola en otro ángulo del rancho mejor protegido por el techo, para no mojarme y empeorar mis condiciones de reumatizante. La priesa con que efectué la operación fué parte sin duda á que dejara olvidados mi rifle, mi canana y mi sombrero *Kentuckiano*, todo lo cual por costumbre, había tenido hasta entonces al alcance de mi mano.

Algunos momentos después dormía yo profundamente, á lo que contribuiría la frescura de la noche, la altura de la posición sobre el nivel del mar y esa lasitud que en los trópicos produce, por causa real ó imaginaria, la melancólica viandante de la noche que se ostentaba en todo su esplendor.

De súbito, entre dormido y dispierto oigo voces, forcejeos, imprecaciones, denuestos y por último, una detonación que me hizo sobresaltado tirarme de la hamaca, extender la mano en busca de mi rifle, que allí hubiera estado si no lo dejara olvidado en el primer sitio que ocupé. —«Traición!» me dije, «Vendido!».. porque no recordaba en ese instante supremo que mi arma no debía de estar allí; viéndome en cambio la mano ensangrentada, como que me había punzado con

las espinas de una *penca de corojo* que allí habían puesto las mujeres para extraerles la *pita* y fabricar el hilo de coser que les sirviera para los zurcidos y remiendos de sus ropas.

Me refregué los ojos para convencerme de que aquello no era una pesadilla, los abrí cuanto pude, recorrí con la vista todo cuanto me rodeaba, y distinguí clara y positivamente que de su lecho de mimbres *(cama de cujes)* asido por un pié y arrastrado, se llevaban á Galeote. El rancho estaba rodeado de soldados; escapar parecía imposible, Era ya aquel milésimo de minuto el instante único, indivisible, de escoger entre la muerte lenta y fría del prisionero y la rápida y enardecida del espantado ciervo, por candente plomo.

Mi resolución entre uno y otro extremo fué simultánea con la ejecución de lo resuelto; me agaché, cerré los ojos, y casi á gatas partí como piedra lanzada por una catapulta, sobre el ala derecha de aquel rancho, por entre las piernas de los soldados que bajo la sorpresa, no acertaron sino á tirarme culatazos con mal tino, enderezándome luego que, dejados atrás, entré en el cauce seco de un arroyo ascendente, con la celeridad de una arista impulsada por el vendabal.

Un soldado enemigo dijo á los suyos:

—Tengan mi carabina que á ese lo cojo con la mano!—y se lanzó en pós de mí como si fuera yo un ladrón que le hubiera arrebatado su honra y su fortuna y aquella la ocasión única de recatarlas.

Recorrido un buen trecho, me ofreció serio, poderoso obstáculo un arbol derribado tendido á través del resbaloso cauce; pero con la carrera se me había desarrollado la fuerza de la locomoción á tan alto grado como la de la electricidad que desarrolla un *tren expreso* á toda máquina por la fricción sobre los rieles. Al llegar á aquel montón, tan alto como mi pecho, for-

mado por los ramajes, lo aplasté con la mano izquierda convirtiéndolo en trampolin, tomé impulso, me contraje y salté al otro lado, casi al mismo timpo que poniéndome mi perseguidor la mano sobre el hombro derecho me decía: «*Estás dao pillo!*»

El contacto aunque momentáneo, de aquella mano enemiga y cruel, me produjo un escalofrío intenso y un sacudimiento nervioso que tal vez me auxiliaron para aquel mi primer ensayo,—si vale un tecnicismo de *Chiarini*,—de *Zam-pi-llae-ros-ta-ción* ó *salto por la vida.*

Caí de bruces y no me pude levantar hasta después de un rato que no acierto á medir; porque en estos casos no hay ampolleta mental que valga, ni aún después de verse uno en salvamento.

Pero perdido ahora más de veras que nunca, no sé por qué el individuo que casi había *brindado el toro*, como en un redondel, á sus conmilitones, volvió sobre sus pasos y se incorporó á los suyos. A qué razones obedeció, podría él explicarlo, y prudente será dejar á un lado conjeturas acerca de un hecho que se desenlazó en mi favor y cuyo recuerdo solo es imponente.

Ascendí la cuesta que tenía delante arrastrándome, apoyado en uñas y rodillas y llegué á la cima del barranco á tiempo que por otro lado se aproximaba José el congo, mi nueva ó aparecida Providencia.

Desde allí, á la luz del incendio que pusieron en el rancho los asaltantes, José y yo, pudimos ver indignados—ya cabía la indignación en aquella altura—cómo insultaron á las pobres moradoras de la Prefectura á quienes despojaron de sus vestidos hasta no poder ocultar las infelices su vergüenza; formando á la cabeza de la hilera cuando se alejaron, siete presos maniatados entre ellos el Prefecto que era el popular, resuel-

to y bien amado *Pepe* Conesa y mi práctico Galeote, buena presa como soldado desertor.

Las mujeres fueron adrede abandonadas con su desnudez en el Camino Real; — de seguro para escarmiento de las familias de los bosques, — Galeote, identificado, fué pasado por las armas en llegando al campamento de Sipiabo, como doble delincuente, y Pepe Conesa sometido á un Consejo de Guerra, con las circunstancias y el resultado que será oportuno referir más adelante. Ignoro la suerte de los demás prisioneros.

El que á mí me persiguió era un cubano blanco; la mayoria de los guerrilleros eran hombres de color.

*
* *

Por donde se justifica el título de esta narración.
¿Siboneyes ó cimarrones? — Patriotismo y muerte de Conesa.

Echados en el suelo cubierto de hojarascas, acordamos José y yo dirijirnos á tierras de Sancti-Spíritus, comarca en que era él un excelente guía, un *baqueano* arjentino.

Pasada la excitación del asalto; lastimadas mis úlceras, con la sangre que manaron coagulada, y que sirvió de mucílago gomoso para endurecer la tela después de adherirme el pantalón á la adolorida piel: escoriadas mis rodillas; magulladas las yemas de los dedos al trepar la cuesta, gato montés sin garras; ensangrentado el dorso de la diestra por las punzadas de corojo; agrietados los hinchados piés por las piedras y zoquetes de los arbustos, produciendo todo ello agudísimos dolores físicos, empecé á sufrir por primera vez en la vida los horrores físicos y morales que solo se experimentan cuando se vé uno, sobre todo, descalzo, y luego sin sombrero, algo así como abandonado de

los hombres y á merced del enemigo, sin un arma para defenderse siquiera en el desierto, en donde se le persigue como á las fieras alimañas.

El cansancio, las emociones y las fatigas se impusieron y con poco trabajo quedámosnos dormidos.

Al amanecer, tal vez por la humedad y el frío de la noche, me sentí imposibilitado para andar; mi cuerpo pesaba más que mi voluntad y el caminar, qué digo, el ponerme de pié me era poco menos que imposible.

—Mira, José—le dije al congo—vete rumbo al naciente, y si encuentras un *rancho*, ven á avisarme, que mientras tanto habré descansado aquí y podré seguirte entonces con la seguridad de que habrá de cambiar mi situación.

—Nunca—me contestó—podré yo abandonarlo así; venga arrastrándose poco á poco detrás de mí y si no llegamos hoy, llegarémos mañana y si no pasado...

Convencióme al punto el ladino congo, por lo que á gatas le seguí y como es de colegirse, muy despacio.

Como á las 12 del día, después de haber bebido y de haberme refrescado con un baño en una catarata, como los *rápidos* del Niágara en miniatura, notable por lo cristalino y frío de su linfa, nos echamos á descansar bajo una *solapa*, ó *abrigo* que llaman los franceses, formado por las rocas, en donde nunca penetró la lluvia y que tenía señales de servir de albergue á los perros *jíbaros* con sus crías.

Desparramados encontramos allí restos humanos, de cráneos, tibias, femurs, etc. etc., dos de los primeros casi completos y que yo,—primeramente indocto y luego indiferente á todo lo que se apartara de mi objetivo que eran los vivientes partidarios de mi casa,—hube de tomarlos por parte de esqueletos de los indígenas, induciéndome en esta creencia el haber visto en las inmediaciones fragmentos de gradas de piedra

groseramente tajada de lo que imaginé habría sido un *altar* de los idolátricos primeros pobladores.

—Esto debe ser de los indios—le dije á José—que no entendía ni poco ni mucho de disquisiciones antropológicas, como es de suponer.

Ya lo sabe!—me contestó,—frase muy en boga por aquel entonces con que nada se niega ni se afirma por el que la articula; pero que equivale á una afirmativa para su interlocutor, que nunca se cree inoportuno, como les pasa á los seres privilegiados que locuaces, monopolizan el uso de la palabra en todas partes.

José roncó de lo lindo, y cuando hubo dispertado continuamos viaje.

A las 6½ ó 7 de la noche llegamos al rancho de unos negros ribereños de un rio cuyo nombre no puedo recordar, acaso el «San Pedro» de Sancti Spíritus. Habíamos andado cuatro leguas.

Bien recibidos, fuí obsequiado con un *catauro* de boniatos cocidos y alguna carne de vaca.

—Pasemos el rio—me dijo José—que del otro lado está el rancho de los Betancourt, familia blanca muy buena y allá comerá mejor.

—No,—le dije—pensando que la luz delantera es la que alumbra, ya que la desconfianza predomina en el hombre en ciertas ocasiones,—comeré con estos ciudadanos muy á gusto—lo que además juzgué cortés y hasta *político*.

É hice bien quedándome, porque después aquella familia lo único que me ofreció fué sebo de vaca calentado para curarme los piés. Pero en aquellas alturas, satisfecho el estómago, me importaba poco *todo*, tanto que al querer preguntarme el congo si por fin serían de indígenas los cráneos y huesos de la *solapa*, le contesté tocándome la región abdominal:

—Ahora me tiene sin cuidado que fueran de in-

dios ó de *negros* cimarrones de antiguo apalencados.

Al día siguiento un subalterno de Spotorno, jóven trinitario nos alcanzó refiriéndonos el trágico fin de Pepe Conesa en los términos siguientes:

—El Jefe de la guerrilla que capturó á Conesa era amigo suyo de antes de la guerra, tanto que le era deudor de alguna cantidad de dinero. Tenía buen corazón y quería salvar la vida de su amigo y prisionero. Para ello se valió de uno de sus familiares, por conducto de quien se lo manifestó así, encargándole á la vez que contestara que *sí* á las preguntas del fiscal, porque á diferencia de los otros prisioneros, sería juzgado por un Tribunal Militar. Formuló sus preguntas el acusador y fué la primera:—«Diga cómo al estallar la guerra no tenía conocimiento de la conspiración que la produjo, y que fué sacado á la fuerza de su casa y con amenazas de muerte obligado á incorporarse á las *partidas*.—Conesa contestó: «Eso es mentira; me fuí con ellos voluntariamente, porque creo que ese es el deber de todo buen cubano; y si ahora mismo me dan la libertad, me vuelvo á unir á los mios, porque *yo tengo vergüenza*.»—No se necesitó más; lo condenaron y fué fusilado recibiendo la descarga con serenidad extraordinaria.

—Ese era un hombre muy *macho* y muy patriota—añadió un soldado—y así deberíamos ser todos, porque *esto* no se *gana sinvergüenciando*. Ahora pronto nos tenemos que ir todos para *Vuelta Arriba* por mor de los *presentados*, á *mendingar* armas y cartuchos.

En medio de todo, me consoló aquella muestra de decisión patriótica de Conesa tanto como la sinceridad del soldado, á la vez que se apoderó de mí con más viveza el deseo de alejarme de aquellos contornos que yo juzgaba harto peligrosos para un expedicionario

reumático, descalzo por primera vez y sin hábitos de campesino.

Menudeando los pasos que más eran saltos por no sentar la adolorida planta, á guisa de *zorzal*, reanudé la marcha siguiendo las huellas de José.

*
* *

Peripecias.-Un ahorcado.-Extraviado!--Muerte del teniente Acosta.

Llegamos á la abrupta loma de «Pico Tuerto.» Mi aspecto para los moradores de la oculta mansión que allí se alzaba debió ser tanto más curioso cuanto que al sentir la aproximación siquiera de una solá persona, todos atisbaban con inquisitorial cuidado como para no perder tiempo—normalmente espantadizos—y ponerse en salvamento á la menor sospecha de enemigo. Júzguese, si no; mis rugosos vestidos de trecho en trecho veteados de verde y otros colores por la vejetación estrujada, ya al acostarme descuidadamente sobre la madre tierra, ya al rozarme con los árboles; mis piés desnudos y lacerados, el largo y desordenado cabello emboscándome los ojos; la áspera barba con su parda sombra y mi cabeza cubierta por descomunal hoja de malanga—sombrero, gorro y para-sol chinesco todo de una vez—de seguro que formaban en conjunto la estampa verdadera de la derrota, si no la del genio de la desventura.

Allí estaba una bella, simpática lugareña, hija del dueño de la casa.

—¿Es usted *despedicionario*?—me preguntó.

—Sí—la dije—y por desgracia he escapado con vida, que antes preferiría haber perecido entre los *dientes de perro* de la costa, á presenciar ahora la

desmoralización que entre las familias ha producido nuestro fracaso.

—No hable así, *suidadano*, y déle gracias á Dios de haberse salvado para que pueda servir en la fuerza armada. Aquí ya está V. en Sancti Spíritus donde hay más gente y más recursos que en Trinidad, y pronto, si quiere, se puede incorporar al batallón de *don Diego Dorado* que tiene tambien una caballería que sabe cómo es!.... Pero esto no quiere decir que se vaya V. de aquí. En este *rancho* mi padre se alegra de que vengan los necesitados para que engorden y luego salgan fuertes y guapos y tiren mucho tiro.

—Cuál es su gracia de V?—inquirí picado de la curiosidad ante una jóven de tanta locuacidad y de tan buen juicio, á pesar de su poca cultura en la forma de expresarse.

—Nosotras somos—contestó—de la familia de los Madrigales y somos de los que jamás ni nunca se *presentan*. Me llamo Ana Madrigales, servidora de usted.

—Para *madrigales* estoy yo—pensé—pero no pude menos de aceptar como sincero todo el programa que encerraban sus palabras, y le manifesté mi complacencia por el buen espíritu de que hacía alarde.

—*Traigan la comía*— gritó el viejo imperiosamente,—y á poco una negra que debió ser su contemporánea, con *rayas* de lucumí, nos presentó sobre una *yagua* verde lo que á mí me pareció una inmensidad de picadillo de carne de vaca, aderezado con zumo de naranja agria, á falta de sal que allí no paladeaban hacía tiempo, y de lo que todo nos lamentamos ámpliamente. De postres nos sirvieron panales de riquísima miel de colmenas cimarronas, castradas entre las rocas de la montaña y en los bordes de los precipicios que en el Departamento Oriental llaman *farallones*.

—¡Quién tuviera tabaco!—exclamé en tomando el último bocado, y al punto Anita se sonrió mirando á su padre que por vía de inteligencia le hizo una guiñada, que pude cazar al vuelo. Traduje aquello como que había lo que yo buscaba y continué largo rato majando sobre el mismo tema; hablando sobre la aromosa planta que tanto ambicionaba poseer para calmar mis ansias de fumador empedernido.

—Si V.—díjome ella al fin—hiciera para una amiga mía que vive cerca—*subrayando* la frase—una décima por un *pié* que yo le diera, le conseguiría un poco de *andullo*, lo único que hay.

—Convenido!—me apresuré á decirle antes de que se arrepintiese.

—Bueno,—agregó—le diré la verdad; mi pobre madre—Q. E. P. D.—se murió cuando la viruela se llevó tanta gente *insurreta* que eso fué *caballúa*, con el deseo de que le glosaran este pié:

«Vírgen de la Caridad
Divinísima señora,
Te pedimos sin demora
De Cuba la Libertad.»

—Pues yo—repuse dándome aires de poeta, que el vicio de fumar es dominante—*glosaré* ese pié—y así lo hice. Amontoné consonantes, los organicé en la forma prevenida por los *improvisaores* de espinelas, leí con énfasis mi forzada producción y..... escalé el Olimpo. ¿Qué mejor laurel, palma ó siempre-viva que media paleta de andullo viejo y reseco que luego acondicioné al fuego para desmoronarlo en *picadura*?

A poco rato liaba mi cigarrillo en un papel de *yagua* extraido de la tela interior de esta corteza que lo hace más fuerte, y era el único que había, después de hervirlo para darle elasticidad, y exclamaba:

—¡Oh suprema felicidad! Que Dios la bendiga, Anita!—á quien hubiera besado castamente en mi entusiasmo, si no temiera una protesta muscular del viejo.

Pensé permanecer allí algunos días incitado por la brillante hospitalidad de la familia, pero al siguiente, se apareció el comandante Barnet, que andaba en comisión del servicio encargado de conseguir por medios *confidenciales* en un poblado enemigo algún clorato de potasa para rellenar pistones, y como llevase mi mismo itinerario, se quedó José por no necesitarle más, y emprendí viaje con aquel, quien me facilitó luego un mal rocin, por ser demasiado peligrosas las jornadas en el terreno abierto y vigilado que habíamos de atravesar sin demoras ni vacilaciones.

Nos dirijíamos á una «Casa de postas». Al atravesar el camino real de Jatibonico, bien rondado por el enemigo para mantener corriente una línea telegráfica, Barnet y nuestro práctico Vicente se adelantaron ya conscientes del peligro y para no perder tiempo, ya porque mi jamelgo no era dado á alargar ni menudear el paso, ni yo tenía espuela con que aguijonearle. Yo mientras tanto, ceñudo y fiero por el reumatismo que parecía triturarme los huesos, era á menudo presa de la cólera: me desmontaba, dirijía motes é imprecaciones al caballo, y aunque me pese hoy en *tierra firme* el confesarlo, le daba de cachetes, fruto del enojo, y hasta le enrostraba que de tal madre vendría. Volvía á montarlo, y en una de esas, sin darme cuenta, atravesando la «línea», sentí algo duro, pesado, rígido, que tropezaba con mi cabeza, cubierta ahora por un gorro de *rusia* que Barnet me había prestado, y al levantar los ojos ví, con no disimulado espanto, que de la rama de un árbol cuya sombra me cubría, colgaba un hombre recien ahorcado, quizá cuando el se consi-

deraba muy feliz porque estaba calzado con unos zapatos de baqueta nuevos y flamantes.

Ante la impresión que me causara el irremediable desastre de aquel infeliz y la atracción que me produjeran los zapatos de un difunto mientras yo viviente andaba con los piés desnudos y adoloridos, no faltó mucho para que la envidia con toda su insensatéz, se apoderara de mí como indómita pasión, y medí de un solo golpe de vista, comparándolos, el pié del interfecto con el mio; pero ¡oh desgracia! el de él era más pequeño y renuncié por ende á toda esperanza de calzarme. Arranqué despechado un gajo de no sé que árbol y azoté al rocin hasta alejarme de aquel sitio peligroso, con mis compañeros de excursión......

Aquella noche pernoctamos en la *casa de postas*, y en la madrugada, ganoso de trocar mi cagalgadura por otra mejor, —que mejorar es una tendencia justa é irresistible de la humanidad,—y exhausta mi bolsa, traté de lograrlo ofreciéndome como «poeta» á los mozos conductores de la correspondencia, para que en cambio de una *décima* me proporcionaran un caballo. Se cerró el trato; hice mi composición que llamaré poética sin perjuicio de tercero, en una mañana fría capaz de helar los consonantes al mismo *Cucalambé* y se enlazó para mí un buen cuadrúpedo que atado al tronco de un árbol, se puso á mi disposición. ¡Cómo se espació mi horizonte limpio de nubes y celajes! ¡Con qué fruición pasaba yo la mano por el lomo de mi futuro salvador en las siguientes jornadas! ¡Voto á brios, que le tomé cariño en un santiamen al vivaz animalito que era todo nervios.

—Me salvé!—exclamaba, rebosado el pecho de inenarrable gozo, y la imaginación se me exaltaba dando «vivas» internos, inarticulados, á la patria, al Jefe de postas, á mi «musa» redentora, al Santo de

aquel día, fuese quien fuese, y al porvenir, que por primera vez remangaba su labio y abría plácidos los ojos para sonreir y mirarme con piedad.

Hé aquí la composicion precio de la alhaja conseguida:

Cuando el patriota soldado
Después que la noche llega
Al grato sueño se entrega
De mil penas agobiado;
Yo de desvelo asediado
En esa hora tan sombría
Echado en la yerba fría,
Alzo al cielo mis querellas
Y á la luz de las estrellas
Yo pienso en tí, vida mía.

——

Cuando viene la mañana
A alumbrar el firmamento
Y suena en el campamento
Alegre el toque de diana;
Cuando la tropa cubana
Se forma por compañía
Y el teniente al ser de día
Pasa lista diligente,
Al responderle «presente!»
Yo pienso en tí, vida mía.

——

Cuando yo estoy de avanzada
En un oculto retiro
Exhalo un hondo suspiro
Al ver la luna plateada,
Tengo la vista clavada
Mirando á la opuesta vía
Y si oigo en la cercanía
Un ruido por donde estoy

Me preparo, el «alto» doy
Y pienso en tí, vida mía.

———

Cuando al pié de la trinchera
Desde lejos se divisa,
Flameando á la fresca brisa
De mi patría la bandera,
Si el enemigo se espera
Que nos ataque ese día,
Los cubanos á porfía
Ponen el pecho á la guerra
Y al dar un «¡viva mi tierra!»
Yo pienso en tí, vida mía.

———

Cuando á mis plantas estalla
Por los aires, rebramando,
Tierra y polvo levantando
Un buen tiro de metralla,
Al compás de la batalla,
Humana carnicería,
En medio de la alegría
Que dá el triunfo al vencedor,
Yo siempre pienso en mi amor
Yo pienso en tí, vida mía.

———

Cuando yo envaino el acero
Después que pasa la acción,
Vás fija en mi corazón
Como un brillante lucero.
Escucha!.... el clarín guerrero
Suena ya en la selva umbría....
Adios! que si en este día
La muerte he de recibir,
Al instante de morir
Pensaré en tí, vida mía.

Entretanto, fuí llamado para tomar un corroborante de «Cuba Libre», á la vez que uno de los mozos trataba de poner la enjalma á mi nuevo rocinante, redimiendo del servicio al pobre rucio de la víspera, á quien ya no dispensaba ni el favor siquiera de mirarle.

De repente oigo voces..... «no lo azoren», «por ahí»..... «cojan un lazo», seguidas de carcajadas; apuré mi brevaje que casi me abrasó la glótis, salí, me eché atrás la gorra de rusia y ¿qué vieron mis absortos ojos?...... Mi caballo, mi esperanza, mi todo, había reventado la soga y levantada la cerdosa cola, al compás de sonoras demostraciones espansivas, se perdía de vista en medio del potrero que hendía con el pecho dejando un surco entre los pastos.........

Renuncié forzosamente á la posesión del bien querido y sin detenerme en las inútiles lamentaciones de que habla Washington Irving, apelé á mi harto despreciado jaco, conformándome como es de suponer, con volver á utilizarle, que la conformidad es, y aquel día me convencí, el grande y único consuelo de la impotencia humana.

Continuamos la marcha, pernoctando á la intemperie en campo abierto, después de burlar una emboscada oculta en las márgenes del Zaza, y al apuntar el *mataganancs* (1) del siguiente día, llegábamos al rancho de la posta de Ciego Caballo.

El rancho estaba solo. El Jefe y la familia se habían ocultado en el bosque, porque de seguro husmearian al enemigo en las inmediaciones.

Barnet y Vicente se internaron dando voces en pos de aquellos, y yo me quedó solo,—no sin protestar —con los tres caballos, esperando el resultado de las pesquisas de mis compañeros.

---

(1) Nuestros poetas rurales de principios del siglo llamaban así al Sol.

El cansancio, la soledad y el silencio son siempre bastantes á amodorrar al hombre mas preocupado; me senté en el tronco de una palmera derribada por el hacha, y el agradable calor de los tibios rayos del sol me indujo de una vez al sueño que á poco me venció.

En aquella situación, despiértanme de súbito descargas de fusilería y algunos proyectiles que pasándome de cerca desgarraban las hojas de la vecina arboleda.

«¡Viva Cuba!»—«¡Viva España!»—«¡Viva la Guerrilla de Castilla!»—«¡Fuego!»—«¡Fuego!» eran las voces repetidas que hendían los aires; Barnet y Vicente no venían y tomé la determinación de ocultarme en la maleza, llevándome antes una botella de miel y la hamaca de Barnet que pendían de la silla de su caballo y en el olfato la sensación del humo de la pólvora.

Poco después se restableció el silencio, y traté de volver al rancho, pero yo estaba extraviado; caminé en todas direcciones y no encontré nada ni á nadie que me sacara de aquél interminable laberinto; por todas partes el bosque; tenía sed y no había agua, mis fatigas se multiplicaban y no podía estarme quedo; el que está extraviado y solo, se convierte en el movimiento contínuo, y sudoroso y agitado, secas las fauces me decidí al fin á tomar la miel de la botella, pero ¡ay! la sed me atormentó más, aunque en cambio se fortaleció mi estómago, hasta que en este vagar ansioso me sorprendió la noche.

Desdoblé la hamaca, la tendí en el suelo, puse de almohada un zoquete á medio podrir y me eché á lo largo, luchando entre el cansancio que me aletargaba y la sed que me ponía convulso. Al fin, la frescura de la hora y el rocío me sirvieron de refrigerante, y á punto ya de conciliar el sueño, sentí pasos que rompían la hojarasca. Eran perros jíbaros, les grité una y

otra vez y no huían, me armé del zoquete, simulé acometerles y no retrocedían. Por fortuna estaba al alcance de mis fuerzas el ascenso á un árbol que formaba, tronco y rama, el trazo de una y griega. Trepé y á ahorcajadas púseme en el vértice. Los perros se alejaron al oir algún balido que les augurara mejor presa, y yo me dispuse como otro Robinson Crusoe á pasar aquella noche que fué una *noche de perros*.

Me levanté con la aurora, convenciéndome de que estaba abocado á un potrero ó una sabana la claridad que á corta distancia distinguia entre el espeso follage. A poco salí del bosque á la llanura divisando á lo lejos un caballo ensillado que pastaba, llevando colgada de la albarda una *cáscara de cuero* y á la zaga una manta colorada: el animal estaba suelto y arrastraba el rendaje.

Pensé que debía pertenecer á algún cubano desmontado en el tiroteo de la víspera, inolvidable desazon, y decidí apoderarme de él, montarme y dejar las bridas á su albeldrío, porque el bruto en su instinto si le dejan, busca facilmente su abrevadero; mas al alejarme del bosque me dí con una senda en que se marcaban las huellas evidentes de enemiga tropa y opté por seguirlas, calculando que exploradores de los nuestros también las seguirían para observar los movimientos de sus contrarios, siéndome así hacedero el salir de mi angustiosa situación en corto tiempo.

La senda se convirtió luego en vereda montuosa, y cuando hube andado como media legua, ví á la distancia un bulto sospechoso atravesado en el camino. Me aproximé cautelosamente cerciorándome de que no había celada y llegué por fin al cadáver de un hombre joven, con barba en redondo, ojos negros, bastante bien vestido á lo *mambí*, algo picado de viruelas, que de seguro había fallecido de una herida

visible en la región toráxica. Le encontré en la faldriquera un salvoconducto, autorizado por el teniente coronel Diego Dorado, para pasar ocho dias en casa de su familia.

Pensé primero quedarme allí, por creer que presto vendrían los suyos, que eran los míos, á darle sepultura, pero la impaciencia no me dejó detenerme y resolví tomar dos *pajitas*,—juego que yo había practicado en mi niñez,—y decidir al azar si abandonaba la senda por un lado ú otro del boscaje. La suerte decidió por la derecha; y obedeciendo al oráculo, penetré por espeso *tibisial* que me rasguñó cara y manos; y no había andado mucho, cuando oí clara y distintamente el llanto de un chiquillo. Las nubes habían descorrido su capuz siniestro: ya se divisaba la estrella polar en claro cielo; tal fué el efecto que me hizo el escuchar una voz humana en aquellas circunstancias: el llanto del niño,—que acusaba la presencia de una familia,—me pareció la voz de Dios y fué mi guía.....

Poco después me presentaba á la familia de Onofre García, que á orillas de un arroyo seco se ocultaba, en los momentos en que una mujer bañaba á un inválido una úlcera. Ella, que me había visto con aquel gorro singular que me prestó Barnet y poseida del pánico epidémico, imaginándose que fuera un enemigo,

—Ahí están, *chinito*—le dijo;—pero yo de un salto me aproximé para que se cercioraran de que estaba solo y les hice comprender quien era.

Restablecida la calma me obsequiaron con agua que sobre todo anhelaba, «Cuba Libre», boniatos asados, carne y todo cuanto tenían, comenzando las preguntas propias de esta ocasión.

—¿Y aquí no hay más hombre que el inválido?—pregunté.

—Más ninguno,—me contestó una mujer—por-

que mi marido ha ido á enterrar á un oficial de la caballería de *D. Diego* (así llamaban á Dorado) que murió de un balazo en el *debate* de ayer con la guerrilla de Castilla. El pobre! — continuó, —no eran ellos más que cuatro que venían á ver su gente y se fajaron con los *barbicanos* (apellidaban asi á los veteranos) y ayúdeme V. á sentir,.... murió el pobrecito! pero hicieron bajas á la *tropa* que por eso se retiró enseguida.

No había transcurrido una hora, cuando se aparecieron Barnet y Vicente que me buscaban, además de Polonio Sabio que allí residía mientras se curaba de una herida que recibió en el combate de Banao en que el Prefecto Pedro Valdivia había batido á la columna de Sandoval hacía pocas semanas.

Allí formamos nuestra indispensable tertulia con la narración sacramental de lo que á cada cual le había acontecido; y á poco regresó el hombre que había marchado á enterrar al interfecto, con la noticia de que le habían cortado á éste la cabeza, tirándola en un platanal á gran distancia del sitio en que yacía el cadáver.

De suerte que, en el espacio de tiempo trascurrido entre mi exámen y reconocimiento del difunto que dejé completo, y mi llegada y corto reposo con la familia y sus visitantes, el enemigo había vuelto al mismo sitio y decapitado al pobre Teniente Acosta, que tal era su nombre y así rezaba el salvo conducto que recogí y aún guardaba en mi poder.

Mi impaciencia me había salvado, pues quedándome en espera próximo al cadáver, no sé qué me habría acontecido; pero huelga el entrar en conjeturas desprovistas de interés ante el hecho real y positivo de relatar ileso esta aventura.

*
* *

MUEREN DORADO, AMBROM Y PIZANO.

Al siguiente día, unidos al comandante Carrazana que con dos individuos venía en demanda del Camagüey, emprendimos la marcha hácia la sub-prefectura de «Los Cieguitos». Atravesábamos una sabana sobrado peligrosa por las irrupciones de la caballería enemiga, y en el centro de la misma estábamos cuando hubo de presentarse á nuestra vista una piara de cerdos, —*trozo de puercos* en el tecnicismo del país,— por lo que Carrazana y los demás, bien montados y seguros, acordaron romper las hostilidades contra ellos y apoderarse siquiera de uno, para en llegando á la sub-prefectura celebrar la cena que, entre paréntesis, buena falta nos hacía, porque es inconcebible cómo se desarrolla el ansia de la comida cuando no se obtiene regular y fácilmente.

Carrazana, tipo acabado de guajiro que intrépido y ágil, adquiere ascendiente sobre ellos, dirigió á su guisa así como una arenga á la caravana, de la que podrá juzgarse por los inmediatos efectos que produjo.

Uno de los hombres que con él venían, se desmontó y salvando un vallado mientras otro tomaba su bestia á la reata, cayóle al *trozo por el pié*, como en los campos se dice, y aunque los paquidermos huían alejándose como saetas disparadas, nuestro hombre continuaba la persecución, echando la garra en balde, tropezando, cayendo, volviéndose á enderezar, arremetiendo con más furia en la sofocación de la carrera, hasta que al fin logró apresar á uno por las patas traseras haciéndose firme con la presa.

Un hondo suspiro se exhaló de mi antes comprimido pecho, como que en medio de la llanura, en tanto que los demás se despreocupaban del enemigo, á

favor de palmadas, motes y chanzonetas, pensaba yo que si ocurría un percance, todos mis compañeros escaparían menos el infeliz «expedicionario» que caballero en un matalón inútil y haragán, estaba llamado á hacer respecto del enemigo, idéntico papel al del «lechón» apresado por nuestro *montero:* pensamiento éste que desde luego, y lo juro honradamente, no me tranquilizaba ni mucho menos. Si hubiera sido un muchacho de escuela ó un impúber, ó no me lo impidiera la vergüenza, me hubiera llevado uno á uno los dedos á la boca devorándome las uñas con todo el afán de un timorato.

El cazador montó, se puso por delante á la próxima víctima de nuestra voracidad oprimiéndole los morros para que no gruñera, descabalgando todos al oscurecer á la orilla del potrero más inmediato á la Subprefectura.

—A buscar agua y leña y una penca de guano!—dijo Carrazana.

—Menos yo;—le contesté—estoy muy estropeado y hasta renuncio á la chamusquina del lechón y á la cena. si me dejan ustedes descansar.—Esto diciendo, me tiré en el suelo, en decúbito supino, me cubrí los ojos con el gorro, uní ambas manos oprimiéndolas entre las piernas para calentarlas y ¡á dormir! me dije, no sin haber antes desenjalmado á mi jadeante bruto á quien era justo aliviar de toda carga.

—¡Qué mal *guajiro* me ha salido V!—observó Carrazana—¿V. no vé la luna? Pues el animal con esa matadura en el lomo y sudado, se le vá á morir de *pasmo* ¿Por qué no lo dejó refrescar?

—A ese no le mata ni el cólera—le contesté—con toda la indiferencia de un hombre cansado y sin moverme de aquella posición que había tomado con carácter definitivo.

Dormí un rato mientras el lechón no estuvo asado, y en estándolo con la actividad del hambriento que huele la tajada, me esperezé bostezando profundamente y me planté al pié de la *barbacoa* que sirviera de parrilla y me harté á tal extremo, valga la franqueza, que si hoy lo hiciera, de fijo que por decoro no lo contaría, volviendo de seguida al lecho que el peso de mi cuerpo había dibujado entre la yerba.

Participó de aquella cena un explorador de la Sub-prefectura que al olor del *guano* quemado había venido á observarnos dentro de su demarcación, y por el de la ambicionada manteca que gota á gota se quemaba sobre las áscuas, prefirió bondadosamente hacernos compañía y pernoctar con los viajeros, rindiendo así tributo á sus hospitalarios sentimientos, una vez satisfecho su estómago, con tan señalado desinterés como en un banquete electoral un aguerrido *politician*.

Con el alba dió principio el movimiento alegre y expansivo de traer y ensillar las caballerías, en que todos tomaron parte desde el principio, ménos yo que dispertado por las carcajadas, dicharachos y cuchufletas de aquellos *demonios*—esta fué mi impresión,—me incorporé de un salto, alcé la descomunal albarda y dando un traspiés en cada desigualdad del suelo, llegué al sitio donde me imaginé pastaría mi cuadrúpedo ¡oh desdicha! para encontrármelo.... muerto! ¡Maldito augurio del comandante Carrazana! *¡Sic transit!*... ¡Qué corto tiempo duraron mis primicias de ginete! Y luego, los demás se iban y yo tenía que quedarme!

—¡Adios, mi amigo! Adios, *camará*—me dijeron al saltar en sus caballos prescindiendo del estribo, como si hicieran gala de su ajilidad; y yo incliné la cabeza para no verles partir.

Mohino y desmedrado fuíme con el explo rador á

la Sub-prefectura, sin esperanzas de obtener otro caballo según sin ambajes me anunciaba aquel. Por fortuna, relativamente juzgando, me esperaban recursos de boca y estaban por allí dos expedicionarios del «Salvador», Pedro Ambrom y Joaquin Pizano.

No hay para qué decir que mi entrevista con aquellos buenos y amados compañeros, fué tierna, patética, conmovedora. Vernos juntos otra vez era fortificar el ánimo; era tan consolador como vestirnos en invierno, calzarnos, abroquelarnos contra el hambre, los riesgos, la intemperie, era infundirnos nueva sangre en la circulación.

Comunicámosnos mútuamente nuestros proyectos. Todos llevábamos un mismo objetivo—el Camagüey. Todos hablábamos de un mismo obstáculo—la *Trocha*; y todos carecíamos de un práctico idóneo y de confianza que desde allí emprendiera con nosotros la jornada, sin necesidad de dividir en tramos el camino tocando en Prefecturas y casas de postas, lo cual era ocasionado á asaltos, sorpresas y emboscadas.

Un día al cabo de dos ó tres, Ambrom y Pizano se llegaron á la *cama de cujes* en que yo yacía sobre una yagua, ya curadas mis úlceras de las piernas, pero displicente y sombrío; y así díjome uno de ellos.

—Vámonos; aquí nos van á asaltar; la situación es muy mala; yo no me fío de la gente que aquí entra y sale; Dorado anda cerca, le han de perseguir, y por carambola pueden dar con nosotros; ó nos ahorcan en la Trocha ó pasamos al Camagüey que es *Cuba Libre* y allí descansarémos.

—Lo que es hoy no salgo de aquí—le contestó, predispuesto por mi mal humor á enrostrarle una negativa al más pintado—además—continué—¿qué práctico tienen ustedes?

—Un muchacho que acaba de llegar y tiene *buena*

cara; el nos llevará hasta «La Campana», lo que siempre es adelantar legua y media, y de allí adelante Dios proveerá.

—Pues, amigos, allá nos veremos en el Camagüey, qué yo me quedo, porque como dicen los guajiros, no *me mana* salir hoy; y yo quiero un práctico directo que me lleve «monte á monte», por lo mismo que la situación es comprometida y el moverse peliagudo.

Nos despedimos afablemente apesar de estar contrariados por nuestra apreciación distinta acerca de la oportunidad de marchar, y si bien al punto me revestí de tranquilidad, no pasó largo rato sin que paseándome arriba y abajo á lo largo del rancho, me diera á reflexionar seriamente sobre mis futuros movimientos.

—¡Filomeno!—dije llamando al Sub-prefecto—dígame donde está Diego Dorado, á qué distancia y si hay quien se atreva á llevarme al campamento. Prefiero andar con las fuerzas, aunque retarde mi viaje al Camagüey, á que un día.....

—D. Diego está—me interrumpió—en el potrero Las Varas, á una legua de aquí; yo soy práctico y lo llevaré á V. mañana.

—Se lo agradezco, Sub-prefecto, y avíseme cuando guste.

A la siguiente mañana Filomeno y yo nos dirigíamos al campamento de Dorado, quien aquel mismo día de madrugada se había gratamente desayunado con el Diploma de su ascenso á Coronel, cuando á mitad del camino oimos unos cuantos disparos.

—Esa es la avanzada cubana que hace fuego;—me dijo el Sub-prefecto asiéndome del brazo y deteniéndome—oiga! la guardia pelea en retirada. El español ataca hoy el campamento.

Me volví todo orejas experimentando una extraña

sensación nerviosa al verme solo con un hombre pálido, inmóvil y emocionado, sintiendo yo una rara fuerza de atracción que me llevaba más que antes hácia el campamento. Si era miedo ó valor lo que en mi influía en aquel momento psicológico, casi en presencia de mis compatriotas que se apercibían al combate, no es ello un punto dilucidable á la ténue vislumbre del recuerdo; pero desde luego sí puedo asegurar sin equilibrios metafísicos, que pesaba poderosamente en la balanza á favor de mi presentación en el vivaque, el cálculo de verme entre el mayor número posible de los míos, siquiera armado, aunque expuesto á ser herido ó muerto combatiendo; lo cual es preferible siempre á caer prisionero en una guerra ultrajante y sin cuartel.

Mientras el Sub-prefecto trataba de convencerme del peligro que ofrecía mi incorporación á las fuerzas de Dorado, esforzando sus argumentos, una descarga cerrada, primera que oía en mi vida, me pareció que hacía estremecer la tierra, que yo olía la pólvora, que oía el silbido de las balas, que veía caer los hombres; que las ambulancias recogían y llevaban á retaguardia los heridos, que otros sacaban á los muertos, que los nuestros ganaban; y qué se yo qué ideas me ocurrían recogidas en algún libro de estrategia ó en conversación con veteranos de otras guerras.

—¡Oiga ese fuego graneado!,—me decia—esos son los cubanos—¡qué fuego tan bonito!—pero ya no podemos llegar allí—en lo cual convine con él—.... oiga! oiga! eso sí qué está malo, el fuego se vá metiendo más para dentro del monte, los nuestros se retiran, malo, malo!.....

Dimos doble derecha y volvimos á la Sub-prefectura.

Aquel día por la noche llegaban á la misma en

busca de refugio nueve ó diez heridos procedentes de Las Varas. Allí supimos que la columna española de «Barrabás» había atacado decididamente el campamento cubano buscando el desquite de la rota que á una fuerza de caballería causara nuestro Jefe Ramón Huerta, suceso del cual logró vengarse aquel con tanto éxito, que en la refriega de Las Varas cayó muerto de un balazo el valiente coronel Diego Dorado, cuyas fuerzas sufrieron considerables bajas, gastando todas sus municiones en el ahinco de salvar el cadáver de su Jefe, que recibió honrosa sepultura en el inmenso patriótico camposanto de los bosques.....

Tres ó cuatro dias pasamos comentando por lo bajo la catástrofe de Las Varas y recibiendo noticias harto desfavorables de presentaciones á indulto, sorpresas á los ranchos, capturas de hombres á quienes se ejecutaba *á soga y á machete*, aprisionamiento de familias, escapadas milagrosas, traiciones inesperadas y actividad de las fuerzas enemigas que, desecho el núcleo de las nuestras, se fraccionaban por medias compañías, por escuadras, por grupos y pelotones, ojeando y pisoteando los bosques con todo el desenfado propio del conocimiento que tenían de nuestra, más que carencia, falta absoluta de municiones; siendo su gran grito de guerra: ¡«A ellos, que son pocos y sin pertrechos!» arenga que fundada en la verdad, demolería siempre á un ejército enemigo de titanes.

Tiempo hacia de la caida en una emboscada y muerte del ilustrado y ferviente patriota Honorato del Castillo.

—¿Vd. lo conoció?—me preguntaban.

—No tuve el gusto de verle nunca; pero le conocí de nombre y reverencio su memoria.

—¡Qué hombre aquél! ¡Qué patriota y *lo que sa-*

bia!—decíanme—El pobrecito no tenía orgullo, y con eseno habia *despotiquéz*

—*Camará*—interrumpió un guajiro trinitario—tambien á nosotros nos mataron á Otto Smith que sabe cómo era!... Y de contra, como no teniamos armas ni *parque*, se nos fueron una porción de gente *sabichosa* y de fuste, que hasta eran patriotas desde tiempo de *Don Isidoro* (Armenteros) el año cincuenta y uno. Ya se vé, tanta gente en Guayabo y sin armas para tirar. Así se la lucieron con nosotros.

—Sí, se la *lucieron*,—dijo otro—pero no con Angel Castillo que cogió el cañon en el Júcaro y fusiló á Portales.

—Si,—repuso un tercero—pero ya ven Vdes. Angel Castillo tan guapo y con tanta disposición, y se tiró á que lo mataran en el fuerte «Lázaro López.» Eso ya no es valor ni náa; eso es tirarse de barriga para que se gocen. Así están muriendo muchos cubanos, queriendo coger fuertes con la mano, y luego no quieren que la gente se recule. ¡Vamos hombre! Y á mi no me cuenten; porque yo estuve en «Lázaro Lopez.»

—Y es verdad, compadre—añadió otro.—Lo mismo que Bembeta con su «Columna de Occidente,» atacó poblados, peleó y mató gente de *aquí* y de *allá* ¿y qué? Luego le atacó á él el cólera y se acabó el carbon, y *náa*; para atrás como el cangrejo. Pelear bien se llaman en *Atollaosa*, en *Meloncito* y en la *Reforma*. Ahí sí que peleamos como de *línea* y no como otras veces que nos sacaban una *cuarta* de ventaja; pero ya verémos cuando lleguen las despediciones y tengamos parque para batir el cobre. Entonces no habrá majases ni *boca-abajos*, como dicen en las *Lomas* (Trinidad) que se queden en los ranchos; porque el puerco que se salga del *trozo* se lo lleva el *jíbaro*.

Mientras con estas conversaciones entreteníamos

el espíritu, yo seguía soñando con el Camagüey. Un día me aventuré con un desconocido á salir de Los Cieguitos,—comarca invadida ya por las guerrillas que venían en pós de nuestros titulados hospitales,—haciendo rumbo á la «Campana». Antes de llegar, por poco caigo en poder de los guerrilleros, viéndome obligado á retroceder á *mi* Sub-prefectura,—perdonándoseme el posesivo en gracia siquiera sea, del poder de los hados que me obligaba á regresar á aquella.

De vuelta encontré que allí se comentaba otro suceso para mi tristísimo.

Ambrom y Pizano, sorprendidos en una marcha, fueron conducidos por sus aprehensores al potrero de La Reforma y colocados bajo la sombra apacible de un *mangal*, durmiendo allí la siesta. Al despertar vieron allí dos sogas pendientes de las ramas más robustas y tuvieron que escuchar el interrogatorio indigno que les dirijía el Jefe de sus captores. Rechazaron enérgicamente los vergonzosos conceptos que lo informaban y mostaron la mayor indiferencia por el aparato amenazante que tenían á la vista. Su actitud fué seguida de la de un sargento ó cabo que les colocaba el dogal al cuello.... Ambrom, maniatado, violento, rabioso, escupió en la cara á su ejecutor... Poco después, los cuerpos de ambos se balanceaban en el aire, y desde entonces los dos duermen el eterno sueño de los muertos....

Yo, justamente impresionado por la narración, me quedé sumido en el más profundo dolor, maldiciendo á ratos la mala suerte de los expedicionarios á quienes esperaba la muerte sin combate, sin gloria, sin defensa, entre ignotos herbazales.

*
* *

Muerte de Miguel Gerónimo Gutierrez.--Paréntesis de 4 meses.

La muerte del Coronel Dorado en los momentos en que llegaba al ápice de su popularidad; las bajas ocurridas que necesariamente distraían un buen número de hombres para su custodia y asistencia, y la ya mencionada carencia de municiones, trajeron lógicamente el desquiciamiento moral, si se quiere justificado por lo que á la masa respecta, puesto que la necesidad de huir constante é ineludiblemente, á la postre engendra el pánico apagando hasta el último reflejo de esperanza. Para más acentuarlo, un día y otro día veíamos descender desde Cienfuegos, Villa Clara y Trinidad columnas enteras de cubanos, la mayor parte desarmados y el resto con las cananas vacías, que dejando á retaguardia los rezagados por las penalidades irresistibles ya, y los aprehendidos por el enemigo que eran sacrificados,—se dirijían hambrientos, casi desnudos y descalzos á la ambicionada meta:—el Camagüey, aún corriendo los riesgos de la Trocha,—que para gente desarmada eran inmensos;—porque se imaginaban que allende la guarnecida línea, el mundo era una abundante armería y un dispensario de cartuchos.

El enemigo, conocedor por completo de semejante estado de cosas, no se daba un instante de reposo, antes atacaba con el ímpetu que imprimen el éxito anticipado y las recompensas con que los gobiernos estimulan á sus servidores, y de aquí la diaria matanza y el estado perenne de dispersión de nuestros maltratados grupos de aspirantes á soldados.

El conocimiento de las cosas era mi más punzante aguijon para moverme hácia Oriente, porque quizá, más que todo, me era doloroso perecer sin haber visto

de la Revolución más que una sombra sin intermisiones de luz.

Volví, pues, á reanudar mi intento de abandonar Los Cieguitos y tomar mi itinerario; realicé dos jornadas á pié esquivando al enemigo que siempre tuve encima, y á la tercera inopinadamente me reuní otra vez con el comandante Carrazana que, como se vé, no había progresado mucho en su marcha; con el capitan Julio Diaz, el de igual graduación Cecilio González y otros individuos hasta el número de 14, todos regularmente montados, menos yo, que á *pié y descalzo* parecia predestinado á los mayores tormentos, como si no bastaran los del reumatismo articular que padecía.

Diéronme una yegua de menos de seis cuartas de alzada, tan flaca y hambrienta como nunca he visto otra, tan matada del lomo como yo de desconfianza, con un *lomillo* sin estribos por montura, la que me provocó á cabalgarla de un salto, no obstante mi ninguna agilidad nativa y mi enervamiento causado por el reuma y á fé que mis piés no quedaban suspendidos á más de un palmo del suelo. Así me incorporé á aquella columna de adalídes fugitivos.

No hice más que una jornada hasta los bosques del potrero El Ramón en los alrededores del campamento español de Arroyo Blanco. Desde luego que habia de ser yo la *extrema retaguardia*, obligado por las condiciones negativas de mi «caballo de batalla,» y la primera víctima en el programa de una persecución harto posible.

Campamos con las imaginables precauciones, nos avistamos con una famila, recibimos nuevas confirmatorias de la gravedad de nuestra empresa, POR HABER MARCHADO AL CAMAGUEY todas las fuerzas cubanas de á pié y DE Á CABALLO, exceptuando los rancheros que no se presentaron al enemigo, los enfermos

y los heridos, y en las primeras horas de la siguiente mañana la *sui generis* y diminuta columna se ponía en marcha.

—No puede Vd. acompañarnos—me dijo Carrazana—su yegüita es una *ficha* y en el camino que llevamos, el *gringo está á la aleta de la albarda*. En casa de esta familia hay un práctico que vá para Los Limpios; si Vd. no quiere quedarse aquí váyase con él, que es lo mejor.

Como Los Limpios es una comarca que comprende Los Cieguitos opté por conformarme, aceptando la insinuación y dejando la yegua, con regresar una vez más á mi antiguo comedero en donde siquiera el trato me había proporcionado algunas simpatías.

No poco trabajo me costó encontrar la Sub-prefectura que sorprendida por el enemigo, aunque milagrosamente escaparon sus moradores, andaba á salto de mata hurtando el bulto á los tenaces y advertidos guerrilleros entre quienes figuraban veteranos de Dorado, como el feroz Antonio Perna.

Un recibimiento afectuoso mitigó un tanto mi desairada posición, después de haber asegurado yo que no volvería jamás.

El enemigo venía con frecuencia al potrero vecino donde sentaba sus reales, irradiando de su centro los grupos que ojeaban el bosque. Un día escapóse, según parece, un tiro á los que se empeñaban en guardar silencio, y nosotros al oirlo, resolvimos explorarlos, escondiéndose antes las mujeres y chiquillos.

Yo me dejé deslizar por los matorrales y me aproximé al corral de una vaquería dentro del cual los soldados enemigos ordeñaban unas vácas, mientras otros se ocupaban orondos en guisar el rancho. Uno de ellos estaba sentado sobre la cerca, llevaba un pañuelo á manera de turbante, tenía las manos debajo de

los muslos, y mirando al bullente caldero que estaba en el fogón, cantaba de esta suerte con dejo de valenciano:

«Salgan á pelear mambises
Cobardes y manigüeros
Que dicen que son guerreros
Y no son más que infelices.»

Aquella copla me hizo bastante daño. Pensé en que si realmente éramos unos «infelices», la culpa no sería de la insuficiencia de nuestros esfuerzos; me acordaba de mi salida del Rio de la Plata; de los muchos cubanos bien acomodados y con carrera literaria que habían venido de todos los rumbos del cuadrante, á incorporarse; contrastaba mis ilusiones con la realidad; pensaba en tanto hombre honrado y mártir que había perecido sin medir sus fuerzas de héroe, y no escatimaba mis censuras acerbas á la *Emigración Cubana* que en el extranjero declamaba, se enfurecía, disputaba y entonaba himnos al *amargo pan* que les tenía á salvo de toda contingencia, mancomunándoles con nosotros en el triunfo, pero eximiéndoles del fracaso y la derrota.

Aquel día fué consumido en observar al enemigo, desayunándonos por la noche.

Muchas veces, casi era un acontecimiento diario, teníamos que internarnos más y más, corriendo los mayores peligros y venciendo las mayores dificultades para poder alimentarnos, bastando para dar una idea de ello, que se piense en que teníamos que aguardar que el enemigo abandonase las aguadas que visitaba repetidamente, para llenar nuestras vasijas y retirarnos apresurada y cautelosamente borrando todo rastro.

Supe una vez que en Monte Oscuro, á una jornada,

se encontraba el Vice Presidente de la Cámara, el honradísimo patriota Miguel Gerónimo Gutierrez, antiguo y buen amigo de mi padre. Me dispuse á verle, salí con un práctico, y á medio camino encontramos un disperso que venía de aquella procedencia.

—¿A dónde ván—nos preguntó con gesto de azorado.

—Voy á ver al Vice Presidente de la Cámara—le contesté.

—¿Sí?..... Pues miren, no vayan, eh!—replicó—porque ya es muerto. Anoche lo cojieron; lo entregó un traidor; le pegaron un tiro en su misma hamaca; quedó herido; y así vivo el pobrecito lo atravesaron en un caballo y lo sacaron *monte á monte* sin vereda ni *picado*, así es que se desbarató la cabeza y las piernas contra los palos ¡qué! lo martirizaron á su gusto poquito á poco.... ¡Un hombre tan bueno, y lo que sabía!....—agregó el hombre casi sollozando,—sin dejar de mirar alrededor como si le vinieran pisando los talones.

Mentalmente dediqué al distinguido patricio la oración fúnebre que era pertinente, terminando en alta voz con un vocablo de indignación,—estallido que produjo en mi alma el procedimiento cruel con que se puso fin á la vida preciosa de un caballero, de un patriota, de un inmaculado padre de familia.

Regresé á los Cieguitos con el alma desgarrada, pero mi mayor tormento era tener que ocultarlo, para no contribuir á la desmoralización de aquella gente sencilla que conmigo se conducía adorablemente.

En más de una ocasión tuve que esforzarme para hacer décimas patrióticas y hasta eróticas al gusto del que me las pedía, sin tener yo expontaneidades de poeta; viéndome compelido á menudo á contradecir á los noticieros que nos hacían saber los desastres que

realmente ocurrían por todas partes incluso el Camagüey, nuestra soñada Cuba Libre.

En esta situación accidentada, valiéndome de ardides y concejas para escapar, estuve por todo como cuatro meses de *residencia forzosa* en aquella Subprefectura, contrariado, nervioso y vigilante, pero no desesperanzado.

Si en aquel lapso de tiempo hubiera perecido, habría alcanzado por galardón de mis anhelos de patriota, el gesto de indiferencia con que en los campamentos se solemnizaba la muerte de un *majá*.

*
* *

LA TROCHA —INFANTICIDIO.

Día de retozarme el gozo de la esperanza por el cuerpo, fué el de la llegada del capitán D. Gutierrez, no porque en virtud de la comisión que le confiriera el general Villamil tratase de recogerme el rifle que yo á mi vez había obtenido de un inválido, que eso por demás me contrariaba, sino porque se proponía seguir para el Camagüey acompañado de Pancho Gomez, sargento de la intrépida caballería espirituana, hombre ducho en el campo y conocedor de los alrededores aquende y allende la Trocha, por lo cual de él se decía que era *cocuyo* en la comarca aquella.

Pronto convencí al Capitán de que mi riflle y yo éramos inseparables, que formábamos como un diptongo, y lo que sí hice fué incorporármele, componiendo todos un pelotón de 8 hombres, con 4 armamentos y un gran total de 16 cápsulas.

La víspera de nuestra salida pasó alegre y bulliciosa, entregados á la importantísima faena de preparar carne asada para el matalotaje; y al oscurecer del

siguiente día, prévios los apretones de manos de la despedida, atravesábamos los campos de yerba de Guinea del potrero de Los Limpios de Tahuasco.

Marchábamos de noche silenciosos y con *cuatro ojos* en medio la oscuridad; recogíamos agua al amanecer en las vasijas que al efecto portábamos, y mientras el sol estuviese sobre el horizonte, habíamos de ocultarnos en algún bosque sin aguada, único medio de evitar un percance, porque no era probable que el enemigo anduviese á la husma en donde faltara el elemento indispensable del agua; habiendo recorrido en la sinuosa y nocturna marcha, casi á tientas, más de cuatro leguas.

Estábamos á principios del verano de 1871, y no dejó de caernos más de una vez un chaparrón de lluvia que nos calase hasta los huesos, cuando ya no nos habíamos saturado al vadear los innumerables rios y arroyos de menor cuantía que serpean por el territorio.

A los cuatro días llegamos como quien dice al borde de la Trocha. Primeramente oíamos el canto de los gallos, como Castelar; el alerta de los vigilantes; el murmullo ó zumbido de aquella colmena humana y gradualmente el relincho de los caballos, el cacareo de las gallinas y la conversación clara y distinta de la tropa, en las últimas horas de la tarde.

Gomez el práctico se adelantó conmigo, arrastrándonos ambos entre los matorrales; y yo, si todo lo veía, porque no era ciego, en verdad que poco ó nada me permitía observar ó apreciar el estado de ansiedad neurótica que me dominaba.

—No hay novedad! esta noche pasamos — me dijo Gomez por lo bajo y se lo repitió á los demás, frotándose las manos en señal de regocijo.

Yo no sé si todos se alegraron de la buena nueva, porque les ví palidecer, y no faltó quien tartamudease

haciendo preguntas que no abonaban su ecuanimidad; más cuanto á mí, haciendo uso de un término medio que cuadra á mi decoro, sin faltar á la verdad,—puedo decir que estaba... *impresionado*, que no eran pocos los huesos de gente inerme que regados en desórden, decoraban horriblemente la superficie del suelo comarcano.

Como á los 8 de la noche, así que imperaba el silencio en los puestos enemigos, tomamos una antigua y larga senda denominada «vereda de los Suspiros», acaso por su extensión; y á eso de la media noche, parando á trechos, atisbando y escuchando, divisamos una bien definida claridad de luz artificial. Caminamos entonces en puntillas, y ya nos faltaban algunos pasos para salir á la Trocha, cuando olfateados por un perro que era de ellos, gruñó éste, y como tocados de un resorte, nos detuvimos conteniendo la respiración.

—¿Qué es eso?—preguntó con ronca voz, seguramente el comandante de la guardia.

—Pues debe ser alguna rés que se anda por el monte—contestóle quien debió ser la centinela.

No solo estábamos en la Trocha, sí que por poco nos damos de narices con unos de sus fortines recien levantados y del cual no tenía Gomez conocimiento.

A más de paso redoblado, al trote, emprendimos la retirada, no sin el temor de que si se habían cerciorado de nuestra proximidad, trataran de salirnos por delante, atajándonos como á azorada piara de ganado.

Retrocedimos, aconsejados de la prudencia, á los montes de una finca distante cinco leguas, echándonos á dormir, casi extenuados, pocos momentos antes del amanecer.

Uno de los compañeros que vigilaba vió venir á un hombre á quien reconoció y con él se puso al habla. Pertenecía á una de las familias que en el rancho del

célebre práctico Tranquilino Cervantes aguardaban tambien la oportunidad de cruzar la Trocha. ¡Buena noticia á fé, que vino á levantar el ánimo harto deprimido por el infructuoso conato de la víspera!

Conferenciamos poco después con Tranquilino detenidamente; convenimos en formar con su gente y la nuestra una sola caravana; nos reunimos veinte y cuatro horas después; señaló él su itinerario; se puso á la cabeza de la interminable hilera como Jefe y práctico, y partimos *rompiendo monte*, gráficamente hablando, y á las cuatro más ó menos de la tarde, hicimos alto á medio kilómetro de la Trocha.

—Vamos á pasar—nos dijo nuestro guía—entre Moron y el Ciego; es todo sabana del lado acá donde no puede haber emboscada, y monte del lado allá, hasta la «Línea de Observación». Entre un punto y otro hay tendidos 5.000 hombres; de legua en legua hay un *fuerte*, entre fuerte y fuerte un *fuertín*, y entre fuertín y fuerte una ronda, además de las patrullas y de las guerrillas emboscadas que *se ven* unas á otras.

Estas noticias de «última hora» que nos daba Tranquilino, más recientes que las de Gómez, no eran para *tranquilizar* á nadie por cierto, produciendo antes un exhorbitante gasto de fluido nervioso, desde la cabeza á la cola de nuestra peregrina columna. ¡Qué oportunidad en los momentos de avanzar, para traer á la colada los fuertes, los fortines, las rondas, las emboscadas, la vigilancia, las dificultades y los peligros! ¡Y pensar que entre nosotros solo había cuatro hombres armados, con cuatro miserables cápsulas por cabeza!

Hasta entonces no habíamos ponderado el número ni la calidad de nuestra nómada tribu, ni parado mientes en que, entre viejos de ambos sexos, mujeres en cinta, cojos, enfermos y niños aún de pecho; cargadas las

mujeres, como siempre que los tienen, de cacharros, peroles, pedazos de *empleita* á medio teger, estampas de la Vírgen de la Caridad y botellas de miel para la «Cuba Libre», alimento de los pequeños—sumábamos unas OCHENTA personas, excluyendo, por supuesto, una cotorra y un famoso perro de *casta*, *cojedor de puercos*, que también nos acompañaban.

¡Pues no éramos pocos para hacer una travesía en que se necesitaba precisión, simultaneidad y viveza en los movimientos; sumisión á los gestos, que no á la voz, del valeroso guía y sobre todo, un silencio como el que reina en el carnero de los pobres en los ángulos del camposanto! ¡Y todo esto con enfermos, con niños, con perros, con cacharros timpánicos y escandalosos, atravesando en la oscuridad montes y matorrales ¿qué digo? donde iban tantas mujeres, y él éxito, la salvación en fin dependían del silencio!...

—La hora del relevo es la mejor para pasar;—dijo Tranquilino—con que esperarse aquí todos calladitos, que yo me voy á arrimar á ver como se presenta la cosa;—y esto diciéndonos se fué sobre la Línea.

Al envolvernos el crepúsculo, ya Tranquilino se hallaba de vuelta con nosotros, preparados todos para cruzar. Hubo una pausa... sonaron las cornetas españolas....

—Relevo!—dijo--y ahora adelante--saliéndose el más avanzado á la ancha vía, la vía del «Terror», seguido de todos menos un sobrino suyo y yo que avanzamos unos pasos hácia uno y otro flanco respectivamente, con el arma preparada para hacer frento á cualquiera contingencia.

Un instante me parecía un siglo; el privilegio de ir armado me agobiaba, porque tuve que permanecer en esa actitud calando el arma mientras se efectuaba el desfile asáz penoso, de aquella *impedimenta*. A corta

distancia se percibia el ruido de las armas al descansarlas ó arrastrarlas y hasta el vago rumor de las órdenes, instrucciones y consignas que ellos se comunicaban. Algunos de nuestros hombres se atrevían sin detener el paso, á mirar recelosos á derecha é izquierda del camino; otros iban cabizbajos; otros medio agachados como esperando inopinada descarga del sombroso frente, bosque oscuro y secular que nadie había explorado, y todos se amontonaban unos sobre otros como manada de ovejas espantadas, porque el temor se parece al frio cuando induce al roce y al agrupamiento.

Nuestra gente iba del otro lado penetrando gradualmente en una vereda antigua que sus guardadores habían tratado de cegar derribando árboles al través para impedir el paso á las caballerías y dificultar el de los pedrestres. Al fin, un mudo *Te Deum laudamus* se elevó por mi parte á las Alturas, cuando llegó el momento de escuchar el «*ya están todos*» del último que atravesaba. Me incorporé aceleradamente á mi compañero del otro flanco y ambos á la afortunada caravana.

De noche, enmarañado el bosque y obstaculizado el paso por los ramajes de los árboles derribados, la marcha era lenta, irregular y ocasionada á golpes, contusiones y arañazos. Me dí prisa en acercarme á nuestro incomparable Tranquilino, ansioso de saberlo todo, y á mi pregunta de si se había rezagado ó inutilizado alguno, lo cual era importante, me contestó noticiándome que 3 ó 4 hombres en los momentos de cruzar se habían arrepentido, volviéndose atrás dominados por el pánico.

Esos se quedarán con Lainé—me dijo—y peor para ellos.

A Alejandro Lainé, expedicionario del Salvador,

le habíamos visto el día antes en un rancho y no pudo hacer el viaje con nosotros por impedírselo una úlcera. Yo lamenté esa circunstanncia, porque desde luego imaginaba que al alborotarse el cotarro, viéndose nuestro rastro al día siguiente, el enemigo multiplicaría sus pesquizas algunas leguas en redondo, y así aconteció; pues no trascurrieron muchos días sin que Alejandro Lainé cayera en poder del enemigo.

Angustiosamente, como decía, íbamos avanzando pulgada á pulgada sin guardar, como en comparsa de ciegos, la estrecha distancia que la mejor seguridad exige. Uno que se *sentía* solo, silbaba para llamar á los demás, así haciendo un ruido inconveniente que excitaba á los que tenían más conciencia del peligro, quienes á su vez exasperados, solían gritar «¡cállense, silencio!», correctivo aún más imperdonable que la falta, contribuyendo á la algarabía con su contingente de gruñidos y anhelos de ladrar el famoso mastin y con su llanto y jeremiqueo los pobres niños á quienes las madres sellaban los labios con la palma de la mano.

No sé qué distancia habíamos recorrido describiendo curvas irregulares sin dar con la vereda hacía ya rato, cuando Tranquilino exclamó:

—¡Estoy perdido! No sé por donde ando.

—Calma; le aconsejé—¿por dónde sale el sol?

—Pues por *ahí*—señalando con el dedo.

—No!—le dije—acabo de levantar la cabeza y ver hácia *allí* en el cielo el *arado* que corre abriendo el ángulo hácia el poniente:—feliz vago, y á la sazón dirimente recuerdo de la poca astronomía que había estudiado en el colegio «La Empresa» de Matanzas, al que bendije en esa noche de tormenta,—y lo mejor será—continué—que nos acostemos á dormir en silencio y aguardemos el Sol.

Pues á dormir! — replicó, —y todos después yacíamos encojidos dándole jaque maque al estropeo.

No tardó mucho en despertarnos más que alarmados el vocerío de los gallos que cantaban saludando el nuevo día y el ladrido de los perros que también nos habían olfateado..... Estábamos sobre uno de los fuertes de la Trocha!

El Sol inequívoco, brillante, alegre, nos indicó positivamente el rumbo que debíamos tomar, y presto nos alejamos presurosos de aquella línea militar, en nuestro sentir, trazada por la mano de algún mónstruo.

A la hora meridiana llegamos después de hacer sin reposo cuatro leguas, á la otra línea, la de Observación, siempre temiendo que estuviese sobre aviso el enemigo de sobra advertido por el rastro.

Nueva excitación nerviosa;...al frente una ténue humareda ¿Naufragaríamos en la orilla?....

No! que don Nicolás Saiz, patriota distinguido que había dejado en Las Villas su familia por unirse á los cubanos, quienes le habian honrado nombrándole Gobernador Civil de Villa Clara, se ofreció sin vacilaciones, para acompañarme á explorar, admirando yo su intrepidez impropia de un valetudinario.

Nos aproximamos con cautela, llegamos á la hoguera, y comprendimos que una guerrilla emboscada allí, acababa de marcharse según lo indicaban los tizones no gastados todavía. Hicimos señales á nuestra gente para que avanzase pronto, y cruzamos como la mitad de la columna seguidamente, tirándonos luego al suelo para descansar, y aguardar á los demás con Tranquilino á la cabeza.

Después de algunas horas, sin haber oido tiros ni indicación de enemigo, se nos incorporó aquel con el resto de la columna, diciéndonos que habia dado un

rodeo de dos leguas, porque al seguirnos el rastro, se encontró con el enemigo, que por fortuna no le vió, allí mismo donde ya no estaba cuando cruzamos nosotros; de manera que aquél había vuelto al propio sitio en un cortísimo espacio de minutos.

—De buena hemos escapado!—exclamé yo.

—¡Gracias á Dios y á la Virgen!—añadió una pobre anciana que no sé cómo pudo realizar la proeza de no quedarse atrás muerta de fatigas y emociones!

Habíamos pasado por las Horcas Caudinas; habíamos pasado el Rubicon; habíamos cruzado los Alpes con Napoleón; los Andes con San Martín; el rio Delaware con Jorje Washington y nos hallábamos vivos, y animados de grandes esperanzas.

Habíamos rebasado la Trocha con más fortuna que otra caravana del mismo jaez aunque menos numerosa, que por aquella época lo efectuó, dirijida por el Capitan Miguel Rodriguez. Como llorase un niño de pecho que en la boca lo traía, el práctico azorado de su responsabilidad ó temeroso por su vida, hubo de gritar, quizá para comunicarle énfasis á su órden:—«Ahoguen á ese muchacho!» Y su madre, mujer de color que como exclava jugaba allí su libertad, ó poseida más que todo de lo indecible del terror, apretó al inocente de tal modo, que quedó muerto entre sus brazos!....

Estábamos ya relativamente en Cuba Libre, según se decía del Camagüey por el bienestar que se suponía disfrutaba, y llegó la hora de que cada cual hiciese rumbo á donde mejor cuadrase á sus dessos.

El capitán D. Gutierrez, Pancho Gomez, un sujeto Rojas, de Remedios, desfigurado horriblemente por el *guao* que obró en su rostro como un corrosivo, y yo, nos separamos del resto, desapareciendo por la

boca de una vereda que nos condujo á una sabana tan extensa que casi se perdía en el horizonte.

*
* *

TRAICION!--COMANDANTE IMPROVISADO.

Al salir á la llanura nos dirijimos resueltos á un sombroso mangal que erguíase en el centro, ansiosos de probar la sabrosa fruta que para nosotros era reconstituyente, pectoral, febrífugo, analéptico, tónico, digestivo, fibrina, legumbre, postre, botica ó panacea y restaurant, todo en una pulpa; y mientras los otros recogian del suelo ó derríbaban del árbol el fruto sazonado, yo tendido boca arriba, trataba de disimular los agudos dolores que me causaban mis piés, no solamente lacerados sí que abrasados por el contacto del cascajo de la sabana, calcinado á su vez por el Sol de nuestro clima, tan adorable para que le cante Heredia, como insufrible para el triste viandante de los campos fuera del dosel de la arboleda.

Veíanse huellas humanas al rededor de los coposos árboles frutales, indicación de que no muy lejos encontraríamos con quienes orientarnos para acelerar la marcha, y así que satisficimos el apetito, nos dirijimos en demanda del distante bosque.

Próximos á la entrada de una vereda oimos el ruido y la algazara de un vivaque, sin que guardia alguno nos echase el «alto». Como no era costumbre que los cubanos campasen sin cubrirse, colocando avanzadas más allá del alcance de todo ruido que delatase su presencia, sospechamos que pudiéramos estar próximos á alguna guerrilla española, razón por la cual procediendo cuerdamente, nos apartamos del camino y nos fuímos hácia ellos deslizàndonos entre la espesu-

ra para no ser vistos. Sin serlo, nos cercioramos por su aspecto general y por la maestría é inusitado placer con que devoraban los sazonados y escogidos mangos, de que eran cubanos legítimos y verdaderos, es decir, sin simulación alguna, recurso á que solían apelar las fuerzas irregulares enemigas para mejor procurar una sorpresa.

—¿Quién es el Jefe de este campamento?—pregunté.

—El Teniente Coronel José Boitel—se me contestó.

—Y dónde está él?

—Está fuera.

—Y el segundo Jefe quién és?

—El Comandante Marcial Gomez.

—Quisiéramos verle.

—También está fuera; han ido al *fuerte.*

—¿Al fuerte?....... interrogué con curiosidad, cruzándonos los compañeros una mirada de inteligencia y desconfianza.

—Si, señor, andan por el fuerte ¿y que le hace?

—Bien ¿y como es que están ustedes acampados sin avanzadas?

—Porque ya se acabó la guerra.

—Vamos, hombre! Déjense de bromas que venimos de las Villas muy estropeados. Esto no se acaba tan así así.

—Bromas?.........—replicó el hombre—pues están ustedes atrasados de noticias. Villamil está con un balazo que le dieron en la zafacoca de la Trinidad de Olano; Salomé Hernandez tiene un *parlamento* con los españoles; la Cámara también ha mandado *parlamentear*, Ignacio Agramonte se ha embarcado......

—Pero, hombre, son ustedes unos inocentes: todo eso es falso.

—Falso?.........—respondió con ironía—pues Carlos Manuel de Céspedes está ciego.....

—Pero, ciudadano, acabe usted que está muy engañado.

—Sí?...... Pues ayer se han presentado más de 90 mujeres y niños que son nuestras familias, en la Serrana, cerca de donde tienen ellos 3.000 hombres con música y cañones, y el día 15 se presentarán todas estas fuerzas que usted vé, y que son las de Morón y el Ciego, y somos como 400 hombres, en el fuerte de *Cupeyes*........

—Pues ahora mismo—les dije, y con una mirada busqué el asentimiento de mis tres compañeros—vamos á ahorcar al primer oficial que aquí se aparezca con salvoconducto español. Se le cuelga y se recoje el salvoconducto que es el cuerpo del delito.

—Qué se cree usted?—tornó á decirme—con que el Jefe de Correos de Remedios D. Andrés Boitel ,hermano del Teniente Coronel que es un hombre sabichoso, dirije todo esto, y á ese no lo engaña nadie.

—Pues él y los que se comunican con el fuerte, y los dirijen á ustedes son unos traidores y ustedes son inocentes seducidos.

—Ya le he dicho—replicó—que hay orden de la Cámara ¡qué le vamos á hacer! No tenemos *parque*; las armas son viejas y *bocinas*, (á cargar por la boca) andamos desnudos; nos traen huyendo siempre porque no hay modo de pelear; nos matan á los enfermos en los ranchos; si á mano viene, se llevan las familias porque no hay cómo defenderlas uno, y luego que las pobres están *allá*........ vamos, sin tener quién les dé el *ajiaco*........ eh!....... Así no se gana la guerra.

—Pero todo eso y mucho más, no es motivo para

deshonrarse como unos cobardes—interrumpió el capitan D. Gutierrez.

—No!—se apresuró á decir el hombre—es que si no hubiera órdenes de nuestros jefes, lo que es yo me *hiedo* en el monte, huyendo cuando más no pueda, y si me dán conqué, peleo como cualquiera..... ¿No es verdad, muchacos?— volviéndose á los suyos. —El otro día yo peleé junto con el comandante José Gomez cuando sorprendió de noche la guerrilla, por cierto que allí mataron á don Pepe Botella despedicionerio del Salvador que era guapo como *pita*, y salió herido elcapitán Pardo que todavía no ha sanado, y ahoritica se tué á dar un vistazo al fuerte.

—De manera que si no hubiera órdenes para ello, Vds. no se presentarían ¿verdad?

—*Que va presenta!* Aunque ya se queden en la Serrana las familias, sin órdenes, que vá presenta!—respondió el campesino que empezaba á sentir reanimado su espíritu patriótico.

—Qué vá! qué vá!—repitieron otros, pendientes de nuestros labios.

—Pues no tengan cuidado—les dije presintiendo una favorable reacción—que lo que hay aquí no es más que engaño y traición, á lo que ha inducido una proclama del capián general Valmaseda ofreciendo villas y castillas á los que se presenten con hombres, armas y caballos. Ya Vds. lo verán....

Nos fuimos á descansar á uno de los ranchos, rogando qtie nos avisaran el regreso de Boitel, de Marcial Gomez ó del capitán Pardo, mientras ellos discutían el asunto. Comimos lo que ellos nos dieron—carne y mangos—y tuvimos la paciencia de aguardar toda la noche comentando los sucesos, sin que viniera á despejar la situación la presencia de aquellos señores,

de los que solo regresó el comandante Marcial Gomez á la mañana siguiente.

Pero no venía solo; la suerte quiso que se encontrara con Marcos García que había sido Jefe en Sancti Spíritus y el comandante Felix Carrazana, ambos enfermos é indefinidamente ausentes de sus puestos, por estar casi imposibilitados.

En llegando, los cuatro compañeros nos dirijimos á ellos; ya ambos, por supuesto, estaban enterados de todo y convencido Marcial Gomez, hombre valiente y muy honrado aunque sencillo, de la desvergüenza con que se le engañaba.

Tocóse á formación con el silbato que allí se usaba, y Marcos García y D. Gutierrez, con elocuencia y energía destruyeron en una arenga patriótica y sentida la obra inicua de los Boitel, á los gritos de Traición! Infamia! Cobardía! seguidos de vivas á Cuba, á la Libertad y á la República repetidos por todos hasta la exajeración.

Allí mismo se libró una órden á cargo del cabo Cardona, hombre de confianza, para aprehender á José Boitel; pero éste, astuto, se burló de aquel, logrando evadirse y refugiarse en el campamento español.

En el Consejo formado por García y Carrazana á título de su posición en el ejército cubano y sobre todo del prestigio merecido que el primero gozaba entre aquellas fuerzas armadas, se acordó que Marcial Gomez, orto comandante, un capitán y varios oficiales se quedasen algunos días arreglando asuntos de familia y recogiendo á los ausentes, para que así no continuasen ejerciendo mando, á reserva de incorporarse más tarde; y por consecuencia de esa medida fuí yo nombrado comandante de aquellas fuerzas, despidiéndome de García y Carrazana quienes regresaron á los ranchos á completar su curación.

—No hay más remedio que largar el pellejo; — me dijo Marcos García — pero lo largarémos con honra. — Palabras que acentuaron más la imponderable responsabilidad de que yo empezaba á tener conciencia.

La Cuba Libre de que esperaba gozar, salvada la temible Trocha, se había convertido en una inmensa pesadumbre; sin experiencia en el mando, del que me veía revestido de manera tan irregular, para ejercerlo sobre una masa de 400 y más hombres que estaban moralmente *presentados* al enemigo; que ya tenían cita con sus familias bajo el amparo del contrario pabellón; que ya habían relevado su mente y muchos su cuerpo, de los sinsabores de la desnudez, de la falta de calzado, del hambre, de la lucha desigual, de la acechanza y la forzosa fuga y que iban á palpar la realidad de sus ensueños de tranquilidad y paz, grabadas en el espíritu por la doblez y la traición; todo, todo pesaba sobre mí y tan de improviso, que solamente la fé de mis juveniles años y el sentimiento del honor fueron parte á que no me mostrara ni un punto anonadado.

Seguidamente, como en reserva lo había acordado con García y Carrazana, me dispuse á marchar internándome hácia el S. O. del Camagüey, y como primer paso, á mudar de campamento.

Aquella gente, acostumbrada ya, en vísperas de disolverse, á la familiaridad de compañeros igualados por una catástrofe, marchaba conversando ó murmurando no sé de qué, con las armas más que á «discreción», llevadas á capricho, y sin guardar el paso ni la distancia en el desfile, como que extrañaban á sus habituales jefes, disimuladamente relevados.

Mi primera órden fué prohibir la salida del campamento por ningún motivo, y la segunda mandar á un alférez á recoger los que vagaban por los ranchos,

debiendo incorporárseme donde me encontrara, siguiendo el rastro.

Como había en la fuerza algunos donceles de 15 á 18 años de edad y siempre pensé que serían ellos el mejor elemento y el más sano con que poder contar en cualquier emergencia que surgiera como la posible agresión de mi propia tropa maleada; les llamé á mi lado, les excité á seguir la senda del honor, y hube de tranquilizarme un tanto contando con su apoyo en un caso de peligro dado.

Un día después atravesábamos una extensa sabana, y para mi sosiego pude observar, que inconscientes del peligro, marchaban alegres y esperanzados en proveerse de municiones de guerra en cercano día. ¡Se habían olvidado de que los miles de españoles que había en la Serrana, en Cupeyes y la Trocha, contrariados por los acontecimientos que debían conocer por el mismo Boitel, ya desertor y tránsfuga, habrían de perseguirnos con más ahinco que nunca ante el fracaso de sus burlados proyectos!

Pero el enemigo no dió señales de su esperada actividad, y antes de rendir esta jornada se ensanchó mi pecho porque nos alcanzó el teniente coronel Morell, Jefe de la misma fuerza, que se había ausentado antes de tales sucesos por motivos de salud, y sorprendido al saber lo que pasaba, no quiso perder un momento fuera de su puesto, por deber y por honor. Le entregué el mando y continué la marcha á su lado, libre ya de mi doblemente angustioso cometido. El era un Jefe legítimo; yo tenía cierto carácter de advenedizo, de improvisado, de aeronáuta aparecido.

Cubierto el vivaque, Morell pasó revista. Faltaban algunos hombres y no pocos armamentos. ¡Los había arrastrado la ola de la traición!

*
* *

EJECUCION.--ESPASMO DE CONCIENCIA.

Habíamos llegado al lugar designado para campar antes como grupos de dispersos que van gradualmente apareciendo, que como una sola y regular columna, porque la marcha fué larga, grande el cansancio y desigual el paso. No seré yo quien juzgue como valor estóico ese abandono ó indiferencia de nuestra gente ante los sérios peligros á que estábamos expuestos; por si lo es ó no lo es, pero dado que lo sea, se me antoja no considerarlo como una virtud primordial en una lucha en que se debaten justísimos agravios, y en la cual entre los elementos que hay indispensablemente que *crear*, el valor aún siendo la calidad sobresaliente, necesario es que se subordine á la conciencia de la propia honra. No es el valor el patrimonio ni la enfitéusis de ningún pueblo ni de ninguna raza; en la historia de cada país—y las nacionalidades son producto de la fuerza—predomina la nota del valor en sus conciertos bélicos, y ¡guay de los pueblos que solo pueden hacer alarde de valientes! Muchas veces la imprudencia, tributaria de la ignorancia, se confunde lastimosamente con el valor y éste con el instinto de la destructibilidad; pero el valor apreciable, el meritorio, el valor sublime, es el que nace de la dignidad y la conciencia.

En la marcha desordenada de aquel día se nos reunieron el distinguido capitán camagüeyano Tomás Rodríguez y los hermanos Luis Victoriano y Federico Betancourt, miope y sin lentes el primero y ambos enfermos y debilitados por las calenturas y las úlceras ó *ñáñaras*. Hacía poco tiempo que estos dos habaneros habían escapado milagrosamente de una sorpresa en «Manga Larga» en la que pereció el inteligente patrio-

ta matancero Pedro Díaz. Grande fué el regocijo con que nos estrechamos la mano antiguos condiscípulos y aún más grande mi alegría al verles abandonar una zona en la que les hubiera sido difícil sustraerse á la enconada persecución que debía sobrevenir.

En los momentos de campar se nos incorporó tambien el honrado comandante José Gomez, hermano de Marcial, trayendo prisionero á un Pereira sobre quien, según se dijo, pesaba la acusación de espía delator de las familias.

En aquella situación no podía exagerarse la gravedad del caso. Cuando el sér moral de una agrupación ó comunidad flaquea y sopla alguna ráfaga del sentimiento ó de la convicción que se extingue ó agoniza, resurgen, —siquiera sea en la forma de los *pinitos* con que los niños manifiestan su aptitud naciente para andar, —los esfuerzos que son necesarios para cohonestar la debilidad ostensiblemente enseñoreada del organismo. El hombre era ó no era tal espía —de lo cual no tuve ocasión de cerciorarme—pero el resultado en uno ú otro caso tenía que ser el mismo... ¡Una ejemplar ejecución! Quedó satisfecha la vindicta pública!.....

Al oscurecer, como sintiera las exijencias del hambre, después de vagar por las inmediaciones, seguí un *pojado* (pista) y fuí á darme con un rancho de familia, como á dos kilómetros del campamento. Allí me encontré con el comandante Barnet, y no sé cómo, con el comandante Carrazana que me dijo residia accidentalmente con su padre á una respetable distancia.

Diéronme de comer, y como de postres se apareció Vicente Vicente, mulato claro, fornido, decidor, vivo de genio, al que me presentaron como hombre arrojado y sagacísimo práctico de muchas leguas en contorno.

—¿De dónde viene V?—le interrogué.

—Vengo desde Najasa—me contestó—de verlo todo con mis ojos, porque no nececito que nadie me acompañe; conozco todos los palos del monte; sé donde hay peligro y á mí no me coje ni toda la *Península*.

—¿Y qué noticias trae V?

—Muy buenas todas; el *Mayor* (Agramonte) está en Anton con 1.200 rifleros. El otro día dió un combate ¡cómo peleó esa fuerza de Caonao, Ave María! Mire, ciudadano, la caballería camagüeyana cuando gritan ¡al machete! no hay quien se pare delante.

—Pues yo creía—le dije—que se pelea poco porque hay escasez de municiones.

—No, señor! Si allá por las Tunas ha desembarcado una expedición con muchos americanos; y sabe cómo anda el rifle? *Bobo*, y las cápsulas á *bon bon*. La gente que ha salido del pueblo ¿sabe cómo anda? *Así*—y restregándose las yemas de los dedos, quería hacerme comprender que era una muchedumbre la que se había echado en brazos de la Revolución.

—De manera—volví á la carga—qué esto durará muy poco tiempo?

—Ya lo creo; ya esto es Cuba Libre; ya se le han pasado al «Mayor» más soldados de línea gritando «¡Viva la República!»

No sé por qué se me puso entre ceja y ceja que el hombre estaba mintiendo, y con un pretexto llamé aparte á Barnet y á Carrazana.

—Yo aprehendería á este hombre que nos engaña,—les dije—éste puede ser un espía que sobrecogido por nuestra inesperada presencia ó preparando un golpe, nos quiere hacer una mala partida. Yo....

—Lo que tiene ese—me interrumpió Carrazana—es que es muy valiente y el gran práctico; el único hombre que puede sacarlos á Vds. hasta el lado allá del rio de San Pedro. Yo me quedo con mi padre

hasta que me ponga bueno.—Con que mire V., se lo voy á mandar á Morell al campamento para que lo lleve como práctico.

—V. sabe más que yo de esta guerra y haga lo que guste—le repliqué—y volviéndome á Barnet, éste se mostró de acuerdo conmigo manifestando la misma desconfianza respecto del exagerado noticiero.

Carrazana se despidió de nosotros; Vicente Vicente se marchó con un recado suyo al campamento; luego fuímos Barnet y yo, y vimos con disgusto que Morell había aceptado los servicios del valiente práctico.

Al día siguiente fuímos guiados por él á descansar á ocho leguas de distancia. Por la tarde Francisco Lufriu, *Lico* Hernandez,—el que mandaba á los primeros exploradores con quienes hablamos 6 días después del desembarco—y yo, nos fuímos impelidos del hambre, á buscar mangos á un sitio peligroso, regresando poco después, no sin haber corrido el riesgo de caer en manos de una guerrilla según al fin supimos. En el trayecto les referí mis impresiones respecto de nuestro práctico quien era para mí una pesadilla.

Salió el Sol y emprendimos nuestra peregrinación. Teníamos delante, como un piélago, inmensas sabanas é incalculables peligros, indefensos como íbamos; á la hora de la siesta nos desayunamos—con qué había de ser?—con los consabidos mangos de siempre, en una finca denominada «Baños». Allí al espaciar la vista por el horizonte comprendimos que si un solo escuadrón nos acometiese, sería incontable el número de víctimas: no había ni la posibilidad de la fuga.

—Tenemos que pasar el rio de San Pedro—dijo el práctico—pero debe estar crecido, y por eso me *voy solo* á explorar; aguárdense todos aquí;—y esto diciendo puso espuelas á la yegua en que montaba y galopando se perdió de vista.

—*V. verá!*....—pensaba yo, cada vez más persuadido de la mala fé del embustero práctico. quedándome sumamente desconfiado. Pensé que no volvería, pero regresó á las dos horas.

—Crecido está el rio, *ni Dios* lo pasa—dijo. Esta noticia en medio la llanura produjo una sensación general de contrariedad inenarrable. En mí fué más: una confirmación de mis sospechas graves y aterradoras.—Pero no hay cuidado—agregó—Teniente Coronel, vámonos ahora mismo por las cabezadas del rio; allí se junta una palizada que es lo mismito que un puente y por allí cruzamos sin novedad. Aquí no podemos quedarnos, porque nos pueden atacar y no escapa *ni el gato*....

Apresuradamente seguimos al práctico, ganosos de salir de aquella mala posición, y á las 6 ó 7 de la tarde, haciendo maromas sobre los árboles acumulados como un puente de barcas en sentido trasversal al lecho del rio, cruzamos al otro lado, salvando hasta las pocas cabalgaduras flacas y entecas que figuraban en la columna.

—Ya están Vds. en salvo, y yo me voy. Teniente Coronel, ahí trae V. dos ó tres hombres muy prácticos de aquí para adelante. Dígame adios.

El Teniente Coronel se despidió de él muy afectuosamente, viéndole desaparecer por la entrada de una vereda.

Mi convicción respecto de sus condiciones se redujo á una simple sospecha en vista de su conducta, y aunque á intérvalos me quedaba esperando una trastada, llegué hasta desconfiar de mi propia exagerada suspicacia.

El Teniente Coronel, no sé si por precaución tocante al práctico que se marchaba conocedor de nuestro paradero, ó porque era sobradamente arriesgado lan-

zarse con la luz del día á vencer la jornada del siguiente, resolvió ponerse en movimiento aquella misma noche, y así lo hicimos, atravesando el camino real de Vertientes erizado de peligros presentes por estar bien vigilado, y futuros, por las huellas que allí habríamos necesariamente de estampar.

Noche tempestuosa era; el cielo ocultaba sus estrellas; el viento arreciaba ahuracanándose por momentos y la menuda lluvia nos salpicaba casi cortándonos el rostro, al paso que lo resbaladizo del suelo nos hacía caer de bruces y detenernos impacientes para que nadie se extraviase en la densa oscuridad,— aquí de la frase «no se veía uno ni las manos».—Luis Victoriano Betancourt, escritor genial tan pobre de naturaleza como sobrado de resignación, iba dirijido por su hermano Federico y se distraía de las tinieblas y de los tropezones con aquellas agudas ocurrencias suyas que contrastaban con la seriedad de su semblante y las vacilaciones de su cuerpo sobre el fangoso y desigual terreno.

En la madrugada á la orilla de un bosque, ocupamos una abandonada *ranchería* del general Villamil á retaguardia de la cual vivían varias familias. Aquellos moradores temblaban de miedo; ya no se atrevían ni á *montear* para alimentarse; estaban aterrorizados sin tomarse la molestia de disimularlo, siquiera en presencia de tantos hombres.

—¿Qué ocurre—se les preguntó—para que así tiemblen Vds?

—Que hace muchos días—contestaron— que Vicente Vicente dió «el salto de la perdiz» y se *presentó* al enemigo en el fuerte de las Yeguas; no deja parar á nadie por todo esto, tan práctico como es, y lo mismo nos asalta de día que de noche.

—Pues él ha sido nuestro práctico hasta pasar el San Pedro—les dijimos.

Un gesto primero de duda, luego de espanto, se dibujó en el semblante de todos. Era evidente la traición á su causa del *lépero* mulato; y sin embargo, el servicio que nos prestó quedaba en pié y nadie nos perseguía. ¿Cómo explicarlo? ¿Le repugnaría el derramamiento de nuestra sangre?....

¡Ah! Tal vez hubo en él un espasmo de conciencia!

*
* *

EL "DIARIO DE LA MARINA."

De piel de vaca sin adobo, cosido con cuerdas de *majagua*, improvisé un calzado que, á causa de las moscas que acudían al olorcillo de la grasa, con no poca repugnancia hube de ponérmelo, siendo todo preferible á seguir andando con los piés desnudos. Medio contento así me levanté del suelo, mi espacioso lecho, al toque del silbato de la diana, ansioso por mi parte de marchar, porque moverse es vivir.

Desfilamos al fin, y aún no habíamos recorrido media milla, cuando me convencí de que mi calzado era un serio impedimento para seguir; porque atados los zapatos fuertemente por necesidad á la garganta del pié, sus tremendas dimensiones que exajeraba el pelo aún adherido de la res, y el asco que me causaban el frote y sopeteo que se producía á cada paso, eran bastante á inducir á cualquiera á la heróica resolución de prescindir de semejante auxilio, como lo hice yo, arrojándolo con desdén, y volviendo á atenerme á la maltrecha planta de mis piés.

Entrábamos en una comarca en donde afortunadamente era abundante el ganado vacuno sin que el de

cerda escasease. Así fué que aunque eran largas las jornadas, alimentado el cuerpo, después de lo pasado, nos deslizábamos ganando terreno casi tan fácilmente como una locomotora sobre sus rieles.

De *sol* á *sol*, es decir, del alba al véspero, marchábamos sin detenernos más que el tiempo necesario para almorzar durante la siesta, de manera que íbamos á marchas forzadas como muchedumbre que huye de algún punto pestilente.

Y así era necesario; si no, piénsese como funcionaría el telégrafo para perseguirnos por aquí y atajar nos por allá, después de haber hecho fracasar las negociaciones de Boitel y hermano, asesorados por el *Chucho* Monteagudo, exmiembro de nuestra *Corte Marcial* y traidor inverecundo.

Pero séase porque anduviésemos de prisa, séase porque nuestra marcha laberíntica desconcertase al más *cocuyo* de la zona y al más avisado de los caudillos perseguidores, el caso es que sin tropiezo alguno, á las 7 de la noche, después de una buena *montería* de cerdos, cenábamos tranquilos, á los tres días de la escena de mis *babuchas* de cuero, en el potrero de las Guásumas de Machado.

Ya nuestros pulmones se habían ensanchado, porque nos aproximábamos á los campamentos habituales de las reputadas fuerzas de Caonao, y ya no era fácil que nos atacasen las guerrillas ni columnas que no fuesen respetables.

Al amanecer supimos que fuerzas de las Villas al mando de Payan y del coronel Gonzalez Guerra estaban en Guano Alto, y sin perder tiempo allí nos dirijimos.

—¡Qué vengan ahora!—nos decíamos—Si nos dan municiones, qué bien hemos de *tostar café*, usando frases y expresiones nacidas de la reacción que experi-

mentaban hombres anonadados poco antes, entusiasmados ahora, con toda la susceptibilidad de los que se sienten por primera vez el estómago satisfecho tras largo paréntesis de hambre.

Nuestra entrada en el campamento de Payan tuvo bastante de triunfal. Amigos é indiferentes, conocidos y desconocidos, todos fraternizamos de la manera más expresiva, tornándose en motivos de alabanzas, en vez de vituperio, el haber sido actores ó testigos de los sucesos de la Serrana ó de Cupeyes y sus alrededores, viéndonos inopinadamente considerados como «héroes» que por esfuerzo propio habíamos salvado á la República de la humillación en que por poco se hunde, —exgerada apreciación no impropia de nuestra raza, que con todo, tonificaba nuestro espíritu.

Difícilmente podrán olvidarse las impresiones de aquel día! Habíamos saldado una cuenta de honor resultando el balance á favor nuestro.

Al medio día se formaron las listas de los hombres, las armas y las municiones existentes: éramos unos 380 hombres—porque hubo enfermos y rezagados—unos 350 fusiles á cargar por la boca, casi todos sistema *Tower* y una docena de rifles; y cuanto à los cartuchos, además de la carga—en su mayor parte inservible—no podría decirlo, porque vista su insignificancia, á fin de no evidenciar la situación, se renunció á contarlos!... Parodiando el aforismo de un filósofo cubano, se podría decir que estábamos «con fusiles pero sin cartuchos.»

Aquel día, á caza de noticias de Las Villas y la Trocha, llegaron á nuestros pabellones ciudadanos distinguidos:—Prefectos, Diputados ausentes de la Cámara, Sub-prefectos, Jefes de postas, talleristas, rancheros y militares convalecientes.

Las noticias no se daban de balde, sino en cambio

de noticias, y así supimos que el Camagüey estaba abocado á una gravísima crísis, porque se habían marchado á las poblaciones enemigas en pós de sus familias, —presentadas de antemano ó prisioneras, —muchos hombres útiles para el servicio, contándose no pocos jefes y oficiales distinguidísimos de Brigadier abajo. Supimos que las guerrillas españolas compuestas en parte y guiadas por los hijos del país, acosaban las *rancherías*; que las fuerzas de Caonao, tan bien reputadas, estaban inactivas y mermadas en Anton, sin municiones que quemar y que el mayor general Agramonte con su Escolta había salido para las Tunas á verse con el general Vicente García sobre asuntos del servicio. ¡Aquí de las exageraciones del *intrépido* Vicente Vicente!...

Pero Payan y Gonzalez tenían más de 400 hombres y esperaban otras columnas parciales de gente tambien de Las Villas que andaban fraccionadas por el Camagüey, y como todo en el mundo es relativo, la verdad es que los recien llegados nos afectamos muy poco ante el cuadro que bosquejaban las noticias. Nos ocupamos en hacernos la barba, arreglarnos el cabello, bañarnos, lavar los harapos que constituían nuestra indumentaria y poner agua en ebullición para matar los parásitos más propios de las cárceles y barracones desaseados, que habían invadido las costuras, ya que en aquella situación ¡cómo habían de faltar los atributos de la miseria, piedra de toque de nuestra sinceridad patriótica y política!

Previo permiso de mi Jefe, me fuí á Anton á ver á algunos amigos y entre ellos á Manuel Pimentel, expedicionario del «Salvador», ya alférez de caballería.

Como había trascurrido tanto tiempo desde nuestra última vista, lo primero que á la mente le vino fueron recuerdos de la Expedición, y me dijo: —Ay!

mi hermano ¿te acuerdas cuando en Nassau puesto á remate el barco con todo su aparejo, entraron á bordo los comisionados españoles y al primer vistazo se fueron desdeñosos exclamando: «De nuestros enemigos los menos, ¡qué lo rematen *ellos*», seguros de que nos iríamos á pique? ¡Y después por poco perecemos en tierra!

Allí pude más ámpliamente cerciorarme de los hechos y comprobar las noticias que me habían adelantado en Guano Alto. El Camagüey efectivamente comenzaba ya á flaquear falto de elementos de combate, siendo muchos los hombres que perecían indefensos á manos del implacable enemigo, después de haber escapado del cólera morbo asiático que ocasionó considerables bajas.

Allí supe que el coronel del ejército español, hijo de Cuba, D. Francisco de Acosta y Albear, había estado en el rancho que ocupaba la distinguida y culta familia de Melchor Mola, con la que se mostró muy cortesano y correcto, ofreciendo volver á recogerla. Que por la tarde se escaparon furtivamente unos soldados del campamento de Acosta y se fueron al *rancho*, en donde por el terror se impusieron á la familia, robando prendas y dinero, y para borrar las huellas del delito, en su delirio alcohólico, pusieron fuego á la rústica vivienda asesinando á las mujeres y los niños, menos un pequeñuelo que escapó milagrosamente y presenció la horripilante escena. La preciosa niña Adriana, aterrorizada por las llamas, era obligada á cintarazos á volver atrás cada vez que intentaba huir, hasta que se desplomó la casa, cayendo la infeliz junto al umbral de una puerta en donde se la halló carbonizada.

Melchor Mola, el padre de ésta en otro tiempo afortunada familia, ignorante de lo acaecido, llegó poco después, encontró los escombros aún humeantes,

tropezó con los cadáveres de aquellos seres amados, y poniéndose ambas manos en la cabeza, al compás de las exclamaciones lastimosas que pronunciaba, emprendió la carrera hácia la casa de su hermano Carlos. Una fiebre altísima y violenta que le arrebató el juicio puso fin á su existencia en el trascurso de pocas horas.

Supe allí tambien el fracaso del asalto á la Torre óptica de Pinto, dirijido por Ignacio Agramonte y que se atribuyó á un error de los exploradores; si bien ese golpe en falso,—trás largo período de retiradas y de fugas, — probó que Agramonte era capáz de resucitar los brios de su tropa, que peleó denodadamente siendo suya la ofensiva.

Se me refirió tambien la muerte del bien querido Dr. en Medicina José Castro, de Sancti-Spíritus. Parece que el mismo coronel Acosta, amigo de la familia del Dr., dió instrucciones á los jefes de guerrillas á sus órdenes para que al sorprender las rancherías no hicieran fuego cuando tuvieran la certeza de que se encontrara presente *Pepe* Castro, porque tenía verdadero empeño en salvarle. Desgraciadamente, en los momentos en que se sorprendía un rancho, y el doctor, convaleciente de fiebres, almorzaba con la familia que le había asistido, un soldado enemigo disparó el arma sobre él que estaba sentado, matándole en el acto. Al enterarse Acosta llamó al soldado y de tal manera le increpó, que éste desesperado á poco de retirarse de la presencia de su Jefe, se disparó un tiro por debajo de la barba muriendo inmediatamente. Este soldado era natural de una de las islas Canarias.

Cuando regresé á Guano Alto, displicente y pensativo con tanta noticia abrumadora, Payán que me había hecho su ayudante en atención á haber ejercido mando aunque breve, en la misma fuerza que se le incorporaba, me dijo: — La situación está salvada; ya lo

verá V;—y en diciéndolo tocó formación, y yo corrí á ocupar mi puesto á sus inmediatas órdenes, sin tiempo para meditar acerca de sus palabras.

En cuadro la fuerza, con el Jefe y la Plana Mayor en el centro, desenvainó la espada, sacó de la faldriquera de su chamarreta un papel impreso, é imponiendo atención con clara y robusta voz, siguiéndose la de *¡Oido!* que resonó por todo el campamento, dió lectura á lo que sigue:

BATIDA DE FILIBUSTEROS.

« Aunque teníamos conocimiento por los rumores « que circulaban del desembarco de Rafael Quesada, « no hemos querido dar noticia alguna hasta que he- « mos podido disponer de datos oficiales. Hé aquí pues « á continuación los telégramas de Cuba que sobre el « particular se han recibido.—El comandante general « de Bayamo en telegrama de 12 del actual dice: La co- « lumna de Cabaniguan compuesta de 170 hombres de « España» encontró en Ciego Santa Ana de Lleo á las « 8 y media de la mañana del 9 á 200 venezolanos « mandados por Rafael Quesada, reunidos á las parti- « das de Pancho Vega y Luis Figueredo batidos duran- « te más de dos horas y media hácia el Loreto. Llegó « afortunadamente el brigadier Velazco poniéndolos « en dispersión. Por nuestra parte tuvimos 2 muertos « y 12 heridos del Regimiento de España, siendo mu- « chas las bajas del enemigo. El brigadier Velazco « vá en su persecución. Otro telegrama de igual fecha « añade los siguientes pormenores del triunfo obtenido. « La Expedición de Rafael Quesada, compuesta de 200 « venezolanos, oficiales, y fuerzas de Luis Figueredo y « Pancho Vega, fueron batidos el 9 por el Brigadier « Velazco en Ciego y Loreto, causó al enemigo 27

« muertos, 2 prisioneros heridos y se apoderó de 6
« banderas, 14 carabinas, municiones, provisiones,
« correspondencia y equipajes. Según los documentos
« rebeldes cojidos, Pancho Aguilera va al norte en co-
« misión.

« Se destruyeron siembras, talleres, armerías,
« carpinterías, fábricas de curtidos y de pólvora.

« Tan pronto como el general Palanca tuvo cono-
« cimiento del desembarco de la expedición filibustera,
« salió de Santiago de Cuba y desde Santa Rosa comu-
« nica con fecha de ayer el siguiente despacho. — Ata-
« cado hoy el enemigo en todas sus posiciones: hemos
« obtenido una completa victoria apoderándonos de sus
« bohíos, banderas y muchos efectos y poniéndolos en
« completa dispersión. Las bajas han sido de conside-
« ración, las nuestras insignificantes. La bandera que
« el enemigo tenía en el campamento se remitirá á esa.»

Estas noticias — continuó Payán — son del *Diario de la Marina* de la Habana que tiene fecha 14 de Julio de este año de gracia de 1871.

¡*Doscientos* venezolanos! ¡Llegar *afortunadamente* el Brigadier Velazco! ¡La salida de todo un general Palanca! ¡Una *completa victoria!* ¡Seis banderas! Pues no quedaba duda que la expedición «de los venezolanos era una *gran Expedición!*.........

¡Sublime literatura de campaña! Aquella expedición, sin olvidar que trajo algunos recursos y un puñado de hombres, se hizo verdaderamente notable, sobre todo, por haber traído una veintena de burros, que utilizados en el alijo, sirvieron después para racionar de carne á los expedicionarios. De aquí que se la conozca por la *Expedición de los Burros*.....

Tras ligera pausa Payán comentó las noticias extrayendo hábilmente toda la sustancia asimilable de su contenido, para terminar con una arenga y una excita-

ción á la virilidad de todos para acompañarle al Departamento Oriental en busca del contingente de armas modernas y de municiones que debía corresponder á la sufrida y heróica División de las Villas. Después de los vítores de Ordenanza, Payán volvió á su pabellón bien satisfecho de que las fuerzas de su mando se habían moralmente centuplicado.

Pocos momentos después entraba en el campamento el general Salomé Hernández, hombre sério, de valor estóico y tomó el mando del mismo, como le correspondía. Sumadas todas las fuerzas, ascendían á más de 1.200 hombres.

El General conferenció con Payán y haciendo suyo el programa de la marcha á Oriente, dió las órdenes oportunas para emprenderla á la madrugada siguiente.

El nuevo refuerzo no vino á aumentar por cierto las municiones y sí las dificultades de una enorme masa de perseguidos inermes; pero por fortuna las exageradas noticias del «Diario de la Marina», convertidas en nuestro favor, compensaron aquellas ampliamente.

*
* *

EN MARCHA Y DEGUELLO.

Como hambrienta falanje migratoria que emprende su última aventura librando á toda suerte de peligros su porvenir y su vida, así pobres de elementos de combate y casi en traje primitivo la inmensa mayoría, partimos de Guano Alto con la mente fija en el anunciado contingente de armas que habría de redimirnos de nuestro estado precario y hasta vergonzoso, si se tiene en cuenta que vivíamos constreñidos á no disputar el terreno al enemigo á quien oponíamos nuestro único recurso para perdurar:—la fuga más ó menos precipitada según las circustancias.

En condiciones iguales á las nuestras pocos sectarios de una causa se habrán visto. Sentirnos hombres, obedecer á los impulsos de la conciencia, soñar con la gloria del mártir ó del héroe, cada cual en presencia de los demás, y que la trompeta enemiga nos obligara forzosamente en vez de la cara, á dar la espalda al que nos enrostraba sistemáticamente nuestra *cobardía*, —es el colmo del sacrificio y de la abnegación. Muchos son los pueblos en verdad que lucharon décadas y centurias rebelados contra la opresión, pero pudieron moverse, aleccionarse y sustraerse á la persecución constante en paises fronterizos, en vastos territorios, en inmensas soledades, sin vías como las modernas de comunicación, pudiendo improvisar armamentos y cartuchos tan eficaces á corta distancia como las de sus contrarios, ó merced á la actividad y la audacia aprovechar el filo de sus armas blancas; en tanto que los nuestros luchaban contra la superioridad numérica en reducido territorio cruzado por el vapor y la electricidad, contra los armamentos de precisión con cápsulas metálicas insustituibles, tan rápidas y seguras que hacían ineficaces muchas veces el valor personal, la intrepidez y la destreza con que se esgrimieran las mejores hojas aceradas.

La escolta del general Salomé Hernandez fuerte de una veintena, al mando del capitán Julian Campanería y media compañía de rifleros al del capitán Juan Benigno Gomez, racionadas á 6 cartuchos por plaza, constituían toda nuestra legion combatiente, la que ocupaba la vanguardia, la retaguardia ó un flanco, según se aproximara el enemigo amenazándonos por uno ú otro lado, lo cual era difícil de prever porque se nos perseguía á todos los vientos, con no desmayado ahinco.

Se comprenderá fácilmente que columna tan nu-

merosa como la nuestra, sin medios de defensa, no podía obtener elementos de subsistencia en todas partes, ya porque éstos empezaban á escasear en las comarcas del itinerario, ya porque detenerse era ocasionado á encuentros y éstos á funestas dispersiones con todas sus maleantes consecuencias; y acallando el hambre con el ejercicio mental de la esperanza, íbamos á marchas forzadas dejando un hondo rastro que impondría respeto al enemigo, si no supiera que éramos una legión de indefensos, físicamente maltrechos por la errante peregrinación en la que algunos días nos faltaba el agua para calmar la sed centuplicada por la fatiga y el sol.

Las guerrillas contrarias, no obstante, cuando no se concentraban, no eran dadas á lanzarse al acometimiento; porque nosotros metíamos mucho ruido, sobresaliendo el de una enorme corneta italiana que se hacía resonar á considerable distancia, y de seguro que semejante desenfado no era propio de gente espantadiza, según deberían juzgar los que de otra suerte, atenidos á sus noticias, no titubearían en atacarnos con denuedo.

Pero las columnas fuertes, poseídas del gozo del triunfo anticipado, nos acosaban sin tregua, haciendo caso omiso de la topografía, de la táctica y de la estrategia, y nos arremetían con furia de fanáticos.

—Ahí vienen!—avisaban nuestros exploradores.

—Apretar el paso!—ordenaba nuestro Jefe—¡Firmes la escolta y la Compañía de Rifleros!—Y Campaneria y Gomez se batían como dos centuriones, mientras los demás ganábamos terreno á paso acelerado, atormentándonos los oidos, entre el fuego de fusilería, las voces de burla y de desprecio de nuestros engreidos perseguidores.

Con 6 cartuchos no se podía despilfarrar los tiros

ni hacer alarde de botarates; siempre había que reservarse dos para la *mayor de espadas*, ó para el *tiro de la vianda*, como decían en Oriente, sin perjuicio de que durante la noche, nuestro *eterno asilo*, se rellenaran cartuchos ó se mendigaran los que algunos veteranos previsores trajeran escondidos entre los pliegues de sus harapos, para municionar de fresco á nuestros incansables defensores.

Así precipitadamente andando é ineficazmente defendiéndonos, pudimos dejar atrás casi todo el territorio camagüeyano, faltándonos solo una jornada para ponernos en el de las Tunas ó Bayamo. A corta distancia del potrero de Sevilla entraba nuestra vanguardia en un ancho callejón, guarnecido de bosque por ambos lados, cuando por un camino trasversal sobre el flanco izquierdo, se nos echó encima el enemigo lejos de donde estaban la Escolta y los Rifleros, los únicos que, como siempre, hubieran podido oponerle resistencia..... Los nuestros daban voces de alarma y de espanto precipitando el paso, agrupándose en una masa, estorbándose unos á otros, unos cuantos esgrimiendo sus fusiles vacíos para quitar el acero enemigo que blandía sobre sus cabezas y otros internándose en la maleza en la obligada fuga, á tiempo que las nubes descargaban un aguacero torrencial para aumentar la horrible confusión, y quedaban sobre el campo catorce cadáveres de nuestros desgraciados é indefensos compañeros.

Cuando nuestros escoltas y rifleros pudieron acudir al lugar de la matanza, ya el enemigo se había replegado, colocándose en actitud de repeler cualquier ataque. El agudo toque de degüello repetido por sus clarines se había extinguido entre el rumor de la copiosa lluvia que azotaba las copas de los árboles; y los

cráneos de los nuestros, hendidos por el implacable acero, yacían sobre la empapada yerba del camino.

Próxima la noche, vadeamos apresuradamente el rio Sevilla; se colocó una guardia doble sobre la opuesta barranca, y á poco las inconscientemente alegres fogatas del vivaque volvieron el calor al cuerpo, se oreó la escasa ropa, se buscó la reparación de la fatiga y el hambre en el reposo—que aún no nos habíamos desayunado—aguardando la aurora del siguiente día para reanudar la marcha y alejarnos de nuestros perseguidores á toda prisa....

¡Paz á los que quedaron para siempre en el camino!

*
* *

"EL TORO DE SANTA RITA".—PERCANCES.

A la primera lista precursora de la marcha, únicamente faltaron las víctimas de la aciaga víspera; porque durante la noche se nos habían incorporado los dispersos del momento,—hecho que pone de manifiesto una muy favorable cualidad de nuestros soldados:—la de no extraviarse aún en las circunstancias de un revés en territorio desconocido, trás una sorpresa incontrastable y sin posible apelación á la revancha.

Aquella noche campamos en Santa Ana de Lleo, en donde nos fué dable confortarnos con buena ración de carne, no pudiendo allí permanecer, contra lo proyectado, por tener noticias de la proximidad del enemigo.

Entramos en el territorio de Las Tunas donde las narraciones de notables hechos de armas, favorables á veces á las nuestras, que comprobamos á ojos vistas por las huellas y despojos de la lucha, nos hicieron pensar que habíamos inaugurado una era de relativa tranquilidad, con la esperanza de que en cambio de

nuestro apoyo en las refriegas que sobrevinieran, se nos proveyera de municiones con que volver á ser combatientes en vez de desairados fugitivos.

Llegamos pues animados del mejor espíritu á la finca denominada «Jesús María». El general Salomé Hernandez se comunicó con la presidencia de la República y de allí surgió el acuerdo de dividirnos en dos columnas;—la una con más de 600 hombres para internarse en Bayamo al mando de dicho general, y la otra á que yo pertenecía, con 400 plazas á las órdenes de Payán, para dirijirse á Holguín. Ya habíamos dejado cerca de 200 hombres entre enfermos y sus asistentes, alojados en las rancherías inmediatas á nuestra al parecer interminable ruta.

Despedímosnos con las sobrias ceremonias de campaña y nos pusimos en marcha en cumplimiento de lo mandado. Cruzábamos una extensa sabana, cuando la descubierta avisó que se oía fuego como de un puesto avanzado hácia la vanguardia. Se hizo alto y se mandaron exploradores á hacer las pesquisas pertinentes. Aquellos se pusieron al habla con un piquete de las fuerzas del General Vicente García, cuyo campamento de Santa Rita era á la sazón atacado por el lado opuesto. Payán mandó á un ayudante á conferenciar con el General y ofrecerle nuestros servicios, pero al cerciorarse el renombrado caudillo de las Tunas de que para aceptarlos tendría que municionarnos, hubo de declinar el ofrecimiento por carecer de aquellos recursos.....

Mohinos y displicentes retrocedimos á Jesús María al compás de las descargas, del fuego graneado y de los disparos de cañón que hendiendo el aire, llegaban á nuestros oidos para más aguzar nuestra susceptibilidad tal vez exagerada, pero que la explicaba nuestra condición de pordioseros de cartuchos, inconsolables

ante lo que traducíamos por menosprecio de nuestros servicios.

El general García con solo 80 hombres y su Escolta defendió todo un día su cuartel contra una columna de las tres armas, después de haber rechazado con amenazas de muerte si reincidía, al comisionado que le enviara el Jefe español (Brigadier Velazco?) con proposiciones de capitulación, y si bien á viva fuerza y disputando el terreno palmo á palmo, se vió obligado á ceder, como quiera que el enemigo no conservó la posición, á la mañana siguiente volvió él á ocuparla y aguardó los sucesivos ataques, cada vez más meditados y formidables, que le valieron en aquel año de 1871, entre el enemigo, el sobrenombre de «Toro de Santa Rita».

La fuerza del general García fué notable en todos los tiempos de la guerra, si no por su disciplina ó aspecto militar, por su desmedido valor para batirse así en la espesura como en campo abierto, así acometiendo como resistiendo con ruda tenacidad; con lo cual se explica la defensa heróica de aquel territorio en la larga época de prueba que comenzó con la primera acción de Santa Rita (y la sorpresa y ocupación al fin, de la guarnecida plaza que se había adjudicado el título de «Victoria de las Tunas», en las postremerías de la guerra.)

Vueltos á Jesús María y reunidos al general Hernandez, fuímos atacados dos días después, y contenido el enemigo por los capitanes Campanería y Juan Benigno Gomez, nos replegamos al campamento residencia del Ejecutivo, del cual fuímos desalojados todos á las pocas horas.

En marcha para separarnos de la columna Hernandez en el lugar conveniente, oimos un fuego graneado en las sabanas de la Carrera. Tuvimos que marchar de flanco á apoyarnos en el cercano bosque, y poco despues en un platanar encontramos al presi-

dente Céspedes, á quien le habían dispersado la Escolta, por un descuido del que la mandaba. Era gente novicia, en su mayor parte expedicionaria de Venezuela, y muchos de ellos llevaban las carabinas atadas á la zaga de sus monturas, como si estuvieran en una guerra de *á ruin bagazo* ó de *mentirijillas*.

Reanudamos la marcha, y asaltados por un flanco nos mataron tres hombres, entre ellos el comandante Hernández de las Villas. Tambien ese día perdió el Gobierno al secretario de Hacienda Perez Avila y al ayudante Chenard hechos prisioneros.

Al fin se bifurcaron Hernandez y Payán, y con éste entramos en el territorio de Holguín. Ya eran pocos, muy pocos los de nuestra fuerza que no se ostentasen vestidos de *Inri*, como allí se decía jocosamente á los desnudos, los que no tuvieran sarna ó aradores; los que no cojearan por efecto de las hincadas ó heridas; los que no estuvieran devorados por la anemia; los que no se sintieran extenuados por la disentería consecutiva á la alimentación de frutas silvestres inmaturas.

Un día durante la siesta, descansábamos al pié de una arboleda formando un corrillo de media docena que nos desayunábamos con *jobos y guayabas* verdes, servidos en la copa de un sombrero colocado en el centro de la reunión, como si fuera una paila de puchero, cuando se departió sobre la manera menos desagradable de morir.

—Yo prefiero á todas las penalidades morir de un tiro en el pecho,—dijo el teniente coronel Miguel Calixto Piedra, que era un buen oficial.

—Pues á mí lo que más me disgusta—dijo otro—es que me hieran en un combate, me lleven á un *rancho* y que allí un guerrillero paisano mío me *dé machete*. Prefiero morir comiendo *yuca agria*, lo que ya es comer alguna cosa.

—Pues todo lo acepto—agregó un tercero--menos el andar desnudo. Prefiero que me dén garrote.

—Pues á mí—dijo Pegudo que había sido secretario del Liceo de Santa Clara--me tienen sin cuidado las heridas, las fiebres, el hambre, la horca, el garrote, el machete, el fusilamiento, la sed, la derrota, ó el triunfo ahora ó dentro de cien años; lo único que yo siento es.....

—¿La falta de una compañera?—le interrogué.

—No!—me contestó levantando sus piés desnudos y lacerados—lo que yo siento es.... la *des-zapatación* del siglo!

El neologismo de Pegudo provocó la hilaridad de los enflaquecidos, *rotos* y descamisados circunstantes.

La columna del general Hernandez asaltó pocos días después el histórico campamento atrincherado de Yara, de donde extrajo un abundante botin de efectos domésticos y ultramarinos, á trueque de pocas bajas.

La columna nuestra atravesó todo el territorio de Holguín hasta Canapú sobre la jurisdicción de Cuba. Allí nos aguardaba el general Inclán, Jefe valiente y organizador que había levantado las fuerzas y al vecindario insurrecto de aquel territorio, después del vil asesinato del general Aurrecochea, á un nivel de moralidad y disciplina que no podrá jamás olvidarse. Combinó una operación sobre los campamentos enemigos de San Juan y Bariay, obteniendo un buen resultado, para proveer á sus fuerzas y las recien llegadas —nosotros—de vestuario, algunas municiones y algún ganado caballar y vacuno.

Exeptuando carne, no escaseaban los alimentos en Holguin, si bien era necesario buscarlos diariamente á algunas leguas de distancia, ni el enemigo un tanto retraido—tal vez cansado después de las extraordina-

rias y arrrasantes operaciones que aún se recuerdan con el nombre de «Creciente de Valmaseda,» —molestaba con insistencia á las fuerzas cubanas, aunque de vez en cuando practicaban sus guerrilleros actos aislados de ferocidad, como el asesinato de una familia en la llamada «Emigracion de Marange» (*emigracion* llamaban en Holguin á una agrupación de familias) y la muerte *á maceta*—sistema de emascular ganado—del padre del teniente coronel Villareal.

Pero el descanso produjo en la fuerza procedente de las Villas el desarrollo de las fiebres intermitentes cuotidianas que las redujo por manera alarmante, lo mismo que á los que pasaron á Bayamo, Manzanillo, Cuba y Guantánamo.

Tambien caí yo con las fiebres y me ví obligado á refugiarme en «La Ensenada», en casa de Manuel Hidalgo y de su esposa, quienes me trataron con exquisita amabilidad, teniendo aquel que realizar actos de verdadero valor personal y de singular astucia para proporcionarme el alimento adecuado á mi amenazante inanición.

Por la «Creciente de Valmaseda» habían quedado reducidas las fuerzas de Holguin en gran manera; pudiera decirse consolándose, que se depuraron, permaneciendo en el campo, como en estos casos sucede, los mejores que tambien esta vez fueron los menos. El terror había podido más que la espesura de los bosques y la constante falta de elementos por parte de los nuestros había endiosado al enemigo que no se permitía descansar, ni interrumpir su obra de devastación; pero aún quedaban Leyte Vidal, los Feria, el capitán Arredondo, el teniente coronel José María Peña, *Pedrito* Vazquez, el viejo Marrero y muchos otros oficiales distinguidos con tropa de confianza; y del órden civil, los prefectos Francisco María de Leiva, Martín Antonio—que vivió

absolutamente solo largo tiempo—y varios más que á salto de mata lograron sustraerse á la persecución fortalecida por la perfidia y el espionaje.

*
* *

¡CALZADO AL FIN, AUNQUE MAL CALZADO!

Postrado de la fiebre, á poco de haberme nombrado el general Inclán su Ayudante, me ví forzado á abandonarlo temporalmente por la enfermedad. Allí no había quinina; nuestro botiquín era el bosque: los cocimientos de *yaya*, de *aguedica* y de infinidad de cortezas de nuestros campos que parecen contener más ó menos *chinchona* en principio, sustituian á las sales y los alkalis de la botica. Allí en el bosque estaba nuestra farmacopea, y las benditas mujeres, siempre «madres,» eran las solícitas encargadas del vasto dispensario.

Con verdadera tristeza, y no sin protestar, me despedí del General y del teniente coronel Gabriel González, buen oficial mejicano, su Jefe de E. M.; pero ambos me impusieron la obligación de marchar, y partí. Luis Feria me habia arreglado mis *alfalacas*, calzado de cuero seco al natural que al encojerse, mordía los piés como dos perros de presa enfurecidos; más la planta iba protegida y podía pisar con más firmeza.

Manuel Hidalgo, solo, cargó con la escuàlida armazón de huesos que constituían mi triste personalidad y casi á cuestas, me llevó 3 leguas, ocupando ambos para pernoctar, un rancho de antiguo abandonado en donde me acometió la fibre; mientras él dormía como un santo.

Yo no sé explicar lo que por mi pasaba, pero sí diré que en el período àlgido de la entidad morbosa

que diariamente me invadía, la imaginación se me aguzaba con actividad de relámpago. De segundo en segundo venian á la memoria todos mis recuerdos en confuso tropel, lo amargo con lo dulce, lo alegre con lo sombrío, alternando las ideas sin relación de coherencia, por lo que en un instante experimentaba una verdadera miscelánea de impresiones.

Allí recordé mi última vista con «Moralitos» (Rafael Morales, de la Habana) que desde Las Tunas había retrocedido al Camagüey para unirse á las fuerzas del mayor general Agramonte, mostrándome orgulloso la carabina de que se habia armado, para combatir como soldado todo un miembro de la Cámara de Representantes.

—Es preciso—me habia dicho—que todos démos ejemplo de patriotismo á este pobre pueblo abandonado de la suerte; que la pluma y la oratoria cedan á la espada, y así pronto venceremos esta crisis. Yo he ideado una *cartilla* para que por ella se facilita el aprender á leer á todo el mundo cuando vuelvan los buenos tiempos, *que no tardarán, amigo mio*; porque después de todo ¿no se impondrán la virtud, el desinterés y la justicia?...... Mientras tanto—agregaba con adusto ceño—sirvamos todos de blanco á las balas enemigas; al que le toque caer, caiga de buen grado con honor, y el que no sirva para matar, sirva para que le maten....El Camagüey está muy mal; allá me voy—Nos despedimos, y no volvimos á vernos.

A principios de 1872 regresaba yo al Camagüey. La profecia de Moralitos parecía cumplirse; asomaba la aurora de los «buenos tiempos». Máximo Gómez había ya invadido á Guantánamo con Antonio Maceo y sus mejores capitanes, organizando á su paso el territorio que iba ocupando. Bayamo, Cuba, Manzanillo y Jiguaní, que habian sido pacificados por los esfuerzos

del terrible y mimado Conde de Valmaseda, volvieron á ser teatro de innumerables combates; el Conde habia regresado á la Habana con motivo de la escandalosa ejecución *de los Estudiantes*, sin completar su obra; Agramonte habia rescatado á Sanguily después de una atrevida operación por la zona de cultivo de Puerto Príncipe, organizando casi de la nada fuerzas de combatientes disciplinados, y ya comenzaba la resaca de los propios elementos que la marea de la desmoralización había arrastrado hácia los poblados y campamentos españoles.

Pero cuánto destrozo! Cuántas debilidades! Cuánta carencia de recursos! Cuánta inepcia en los que nos debian su apoyo dentro y fuera del país, de quienes poco ó nada recibíamos! Cuánta traición y cuánto mal suceso venían á dibujar sombras en el cuadro....

El teniente coronel Villareal, después del martirio de su padre, se había presentado á indulto; los capitanes Campanería y Juan Benigno Gomez, ¡nuestros bravos centuriones! se habían desertado al enemigo convirtiéndose en sañudos renegados; *Perucho* Urquiza, su hermano y muchos más servían en el ejército enemigo, como escuchas, prácticos y hombres esforzados de vanguardia; Moralitos había sido gravemente herido en la acción de Sabastopol, falleciendo luego de hambre y de miseria en las montañas de Oriente al igual de muchos jóvenes distinguidos de Santiago de Cuba, el poeta Zenea, patriota de abolengo, moría fusilado en la Habana, quedando insepulta su reputación para pasto de las pasiones de los *emigrados*; el general Federico Cavada y Juan Osorio pasados por las armas, como los generales Mateo Casanova y León Tamayo, Guillermo Lorda, muerto en una emboscada, y así el comandante Ramon Huerta, Ariosa, el diputado Alejandro del Rio, etc. etc. de las Villas. En el Camagüey

habían muerto Manuel y Gerónimo Boza, Argilagos, Ibrahim Agüero, Adalberto Sedano, Rafael de Varona y muchos otros jóvenes heróicos; Inclán regresaba al Camagüey, sin mando á pesar de sus méritos y relevantes servicios, para hallar su apotéosis en Puerto Príncipe donde le fusiló el enemigo, (1) abrazado con su ayudante Tomás de Varona; y sin sus generales Salomé Hernandez y Adolfo Cavada,—que murieron de fiebre y de fatiga, en la misma época que caía bajo el golpe de una traición el bravo brigadier Francisco Vega, de las Tunas,—las fuerzas de las Villas reducidas á la mitad por las enfermedades y la lucha, volvían al Camagüey, soñando con su evacuado territorio y con la esperanza de invadirlo algún día, habiendo obtenido en su peregrinación muchas honrosas cicatrices, y de la decantada expedición *de los Venezolanos* el prometido contingente de recursos bélicos:—NUEVE CUÑETES DE PÓLVORA!!!....

*
* *

Este calamitoso bienio que puso á prueba el teson de los casi indefensos revolucionarios, combatidos en lo interior por poderosos elementos, y casi abandonados en lo exterior por los desacuerdos de sus partidarios, en quienes fundaran racionales esperanzas, precedió á una larga éra de renacimiento y de vigor que hizo necesaria la movilización de un ejército enemigo formidable para combatirlos en disputados y sangrientos campos de combate, despues de una série de rele-

(1) Inclan que era un organizador excelente y casi intolerante en achaques de disciplina, tenia sus humoradas jocosas en los trances más difíciles. Una vez le dirijió al general Cavada el siguiente parte con laconismo telegráfico: «Pongo en su conocimiento que anoche los ratones me han destruido la artilleria.»—Efectivamente los cañones á que se referia eran de *cuero*, aquellos de que tanto se habló al principio de la guerra.

vos de expertos generales á quienes volvió la espalda la fortuna, para que lograra poner fin á la contienda, tras rudo batallar, el afamado caudillo triunfador en la lucha civil de la Península, que desplegando aquí inusitada actividad y raro entendimiento, envainó la espada para escribir una sorprendente página de tolerancia y de liberalidad en la historia de España y sus Colonias: —la Capitulación de 1878.

FIN DE "A PIE Y DESCALZO"

Índice

A

Ácido prúsico, 16
Acosta, Coronel, 81, 82
Acosta y Albear, D. Francisco, 81
Acosta, Teniente, 29, 40
Adriana, niña, 81
Agramonte, Ignacio, 1, 65, 73, 80, 82, 96, 97
agria (yuca), ver "yuca"
"*agua caliente*", 14
aguedica, 95
agudezas, 15
Agüero, Ibrahim, 98
Aguilera, Pancho, 84
ahoritica, 67
ajiaco, 20, 66
ají cachucha, 20
ají guaguao, 10, 14
ajilidad (sic), 43
alijo, 84
alfalacas, 95
alkalis, 95
"¡Al machete!", 73
Alpes, los, 63
á maceta, 94
a marchas forzadas, 87
amargo pan, 53
Ambrom, Pedro, 41, 44, 49
Andes, los, 63
andullo, 31
Antón, 73, 80
apalencados, 28

Argilagos, 98
Ariosa, 97
arjentino (sic), 25
Armenteros, Don Isidro, 48
arranchador, 17
Arredondo, Capitán, 94
Arroyo Blanco, 51
á ruin bagazo o de mentirijillas, 92
Atollaosa, 48
Aurrecochea, General, 93

B

balay, 20
Banao, combate de, 40
bangaña, 20
"Baños," 74
baqueano, 25
barbacoa, 43
barbicanos, 40
Bariay, Campamento de, 93
"Barrabás," columna española, 47
Barnet, Comandante, 32, 36, 37, 39, 40, 72, 73, 74
Batallón del Orden, 20
batey, 21
Bayamo, 88, 90, 94, 96
bejucos, 14
Bembeta, 48
bendije (sic), 61
Betancourt, familia de los, 27
Betancourt, hermanos Luis Victoriano y Federico, 71, 76
Bobo, 73
boca-abajos, 48
bocúas, 66
Boitel, Andrés, Jefe de Correos de Remedios, 66, 68, 70, 78
Boitel, José, Teniente Coronel, 65, 66, 67, 68, 70, 78
bon bon, 73
botao, 11
Botella, Pepe, 67
Boza, Manuel y Gerónimo, 98
Brigadier, 80
brindado el toro, 24
Broadway, 7

C

Cabaiguán, Columna de, 83
caballáa, 31
cabuya, 22
cama de cujes, 22, 23, 44
Camagüey, 20, 41, 44, 45, 49, 50, 51, 55, 63, 69, 80, 81, 96, 97, 98
camará, 43, 48
Cámara de Representantes, 66, 96
"Campana, La," 45, 49
"Campana, La," 45, 49
Campanería, Julián, Capitán, 86, 87, 91, 97
cananas, 22, 50
Canapú, 93
Caonao, 73, 78, 80

Capitulación de 1878, 99
cartilla, 96
Carrazana, Comandante, 41, 42, 51, 52, 68, 69, 72, 73, 74
casa de postas, 16, 32, 33
Casanova, Mateo, 97
cáscara, 12
cáscara de cuero, 38
Castelar, 56
Castilla, Guerrilla de, 37, 40
Castillo, Ángel, 48
Castillo, Honorato del, 47
Castro, Dr. José, 82
catauro, 27
Cavada, Federico, 97, 98
centuriones. 87
Cervantes, Tranquilino (práctico), 58-62
Céspedes, Carlos Manuel de, 66
Céspedes, Presidente, 92
Ciego, 58, 66
Ciego Caballo, Posta de, 36
Ciego Santa Ana de Lleo, 83, 89
"Cieguitos, Los," 41, 49, 51, 52, 54
Cienfuegos, 50
"Cimarrones" 5, 17, 25, 28
cocimiento de yaya, 95
cocuyo, 55, 78
cojedor de puercos (sic), 59
cólera morbo asiático, 81
Compañía de Rifleros, 87, 88
Concejas, 55
con cuatro ojos, 56
Conesa, Pepe (el Prefecto), 25, 28
"con fusiles pero sin cartuchos," 79
Conmilitones, 24
Consejo de Guerra, 25
contra-guerrilla, 16
"con un ojo cerrado y otro abierto," 19
cordeles, 10
Corte Marcial, 78
cotarro, 61
"Creciente de Valmaseda," 94
Crusoe, Robinson, 38
Cuba, 31, 81, 94, 96
"Cuba Libre," 9, 36, 39, 44, 59, 63, 73
Cuba Libre, 19, 20, 55, 69
Cubano, Gobierno, 6
Cucalambé, 33
cucarda, 20
cuchufletas, 43
Cupeyas, Fuerte de, 66, 70, 79

CH

chamarreta, 83
Chenard, ayudante, 92
chiarini, 24
chinchona, 95
chinito, 39

D

Delaware, río, 63
dé machete, 92

Departamento Oriental, 30, 85
de sol a sol, 78
despediciones, 48
despedicionarios, 13, 29, 67
despotiquéz, 48
des-zapatización, 93
"Diario de la Marina, El," 77, 84, 85
Díaz, Modesto, 17
Díaz, Julio, Capitán, 51
Díaz, Pedro, (patriota matancero), 72
dicharachos, 43
Dios, 30, 32, 39, 45, 63, 75
dirijía (sic), 32
dirijida (sic), 63
dirijimos (sic), 64, 78
dispertado (sic), 27, 43
dispierto (sic), 22
Dorado, Diego, Teniente Coronel, 30, 39, 40, 41, 45, 46, 47, 50, 52
donceles, 70
Dorado, Don Diego, batallón de, 30,

E

...el diablo dió las tres voces, 21
el gringo está á la aleta de la albarda, 52
El Mayor (Agramonte), 73
"el que no anda no tropieza" 17
El Ramón, potrero, 51
"El Toro de Santa Rita," 89, 90
Emigración Cubana, 53
"emigración de Marange," 94
empleita, 59
"Empresa, La," Colegio de Matanzas, 61
encojidos (sic), 62
encujado de guairaje, 10
encujados de yaya, 10
enfitéusis, 71
enjalma, 36
"Ensenada, La," 94
Escolta, la, 88
España, 83
España, Regimiento de, 83
espingarda, 8
Establecimiento Tipográfico, 1
"*¡Estás dao pillo!*" 24
eterno asilo, 88
exajeraba (sic), 77
exajeración (sic), 68
exclava (sic), 63
exijencias (sic), 72
Expedición de los Burros, 84
Expedición de los venezolanos, 98
expontaneidades (sic), 54

F

falanje (sic), 85
faldriquera, 39, 83
farallones, 30

femurs (sic), 26
Feria. los. 94
Feria, Luis, 95
Figueredo, Luis, 83
filibusteros, 83
Filomeno, 45
fuerte, 58, 65, 66
fuertín, 58
fusiles a cargar por..., 79

G

Galeote, José, 20, 21, 23, 25
ganao (sic), 11
García, Marcos, 68, 69
García, Onofre, 39
García, Vicente, General, 80, 90
ginete (sic), 43
glosaré, 31
Gobernante Civil de Villa Clara, 62
Gómez, José, Comandante, 67, 72
Gómez, José, Capitán, 67
Gómez, Juan Benigno, 86, 87, 91, 97
Gómez, Pancho, sargento espirituano, 55, 63
Gómez, Marcial, 65, 67, 68, 72
Gómez, Máximo, 96
González, Cecilio, 51
González, Gabriel, (oficial mexicano), 95
González Guerra, Coronel, 78
gorro de rusia, 32, 36
gringo, 12
guacabina, 21, 22
guajiro, 42
guano, 43
Guano Alto, 78, 81, 82, 85
Guano de Manaca, 10
Guantánamo, 94, 96
guao, 63
guapo, 11
Guásimas de Machado, 78
"¡guay!" 71
guayabas cotorreras, 12
guayabas verdes, 92
Guayabo, 48
Guinea, yerba de, 56
guiñada, 31
Gutiérrez D., Capitán, 55, 63, 67, 68
Gutiérrez, Miguel Gerónimo 50, 54
güiros, 14, 22

H

Habana, La, 84, 96, 97
Heredia, 64
Hernández, Comandante, 92
Hernández, Columna, 91
Hernández, Lico, 74
Hernández, Salomé, 65, 85, 86, 90, 98
Hidalgo, Manuel, 94, 95
hiedo, 67
Holguín, 90, 92, 93, 94
Horcas Caudinas, 63

Hoyo del Guayabal, 13, 16
Huerta, Ramón, 47, 97
husma, 56

I

impedimenta, 59
improvisaores de espinelas, 31
Inclán, General, 93, 95, 98
inmaturas, 92
in mentis, 12
Inri, 92
insurreta, 31
in totto, 15
Irving, Washington, 36

J

jaco, 36
Jackson, 8, 9, 10, 11, 12, 17
jaez, 63
jala pa allá, 13
jala pa cá, 13
janes, 14
Jatibonico, 32
Jesucristo, 11
Jesús María, finca, 90, 91
jíbaros, perros, 26
jicaritas, 14
Jiguaní, 96
jobos, 92
José, el congo, 21, 22, 24, 25, 26, 27
Júcaro, 48

K

Kentuckiano, 22

L

Lainé, Alejandro —expedicionario del Salvador, 60, 61
largar el pellejo, 69
Las Villas, División de, 85
"Lázaro López" fuerte, 48
Leiva, Francisco Ma. de, Prefecto, 94
Lemus, Agustín, 17, 19, 20
lépero, 77
Leyte Vidal, 94
Liceo de Santa Clara, 93
"Línea de observación," 58, 59, 62
Lomas, Las, 48
López de Queralta, 6
Lorda, Guillermo, 97
Loreto, 83
Los Limpios, 52
Los Limpios de Tahuasco, 56
Lufriu, Francisco, 74

M

Maceo, Antonio, 96
macho, 28
Madrigales, Ana, 30, 31, 32
Madrigales, familia de los, 30

magestuoso (sic), 15
majá, 15, 55
majando, 31
mambí, 38
mangal, 49, 64
"Manga Larga," 71
Manggiamelo, 22
manigüeros, 53
Manzanillo, 94, 96
Marrero, el viejo, 94
Martín, Antonio, 94
matagañanes, 36
matalotaje, 21, 22, 55
Matanzas, 61
mayor de espadas, 88
Meloncito, 48
mendingar (sic), 28
me mana, 45
Militar, Tribunal, 28
Mola, Melchor, 81
Monteagudo, Chucho, 78
"monte á monte," 45, 54
montear, 76
montero, 42
montero de pura sangre, 19
Monte Oscuro, 53
Montería de cerdo, 78
Morales, Rafael (Moralitos), 96
Morell, Teniente Coronel, 70, 74
Morón, 58, 66

N

náa, 11, 48
Najasa, 73
Napoleón, 63
Nassau, 81, 84
neologismo, 93
Niágara, rápidos del, 26
"no escapa ni el gato..." 75
noche de perros, 38

Ñ

ñáñaras, 71

O

observación, línea de, 62
"Occidente, Columna de," 48
Olimpo, 31
O'Reilly, Calle de, 1
Oriente, 50, 85, 88, 97
Ossorio, Juan, 6, 97
Ossorio, Pascual, 6

P

paisano, 92
Pajitas, juego de, 39
Polanca, General, 84
paletas, 10, 31
palizada, 75
Pardo, Capitán, 67
parlamento, 65
parque, 48, 66
partidas, 28
pasmo, 42

Payan, 78, 79, 80, 84, 85, 90, 92
pechicato (sic), 15
Pegudo, 93
penca de corojo, 23
Península, 73, 99
Pennsylvania, 10
Peña, José María, Teniente Coronel, 94
Pereira, espía delator de familias, 72
Pérez Ávila, 93
Perna, Antonio, 52
peroles, 59
perro de casta, 59
perros, 12
picado, 17, 54
"Pico Blanco," 7
"Pico Tuerto," 29
pié (de décima), 31
Piedra, Miguel Calixto, Teniente Coronel, 92
piélago, 74
Pimentel, Manuel, 6, 80
pita, 23, 67
Pizano, Joaquín, 41, 44, 49
pojado, 21, 72
politician, 43
Polonio Sabio, 40
por mor (sic), 28
Portales, 48
Posta, 12
potrero de las Guásumas de Machado, 78
potrero de Sevilla, 88
práctico, 16
Prefectura, 8, 21, 24
Prefectura del Charcón, 21, 24
presentados, 28
Presidencia de la República, 90
priesa (sic), 22
Príncipe, Dpto., 98
Punta de malangas, 10

Q

Quesada, Rafael, 83
quinina, 95

R

ranchería, 76, 80
ranchero, 12, 13, 16
Rancho, 10, 21, 26, 30, 81, 92
rayas de lucumí, 30
Real, Camino, 25
Reforma, 48, 49
refregué, 23
Remedios, 63, 66
rendaje, 38
República, la, 79
residencia forzosa, 55
Reyes, Manuel, 15
Rifleros, Los, 88
Río, Alejandro del, 97
Río de la Plata, 53
rocinante, 36
Rodríguez, Miguel, Capitán, 63
Rodríguez, Tomás, 71

Rojas, 63
rompiendo monte, 58
Rubicón, 63

S

Sabanas de la Carrera, 91
Sabastopol, 97
Sabichosa, 48, 66
Saíz, Nicolás, 62
Salvador, Expedición de, 5 44, 60, 67, 80
sambumbia, 9
Santa Ana de Lleo, 89
Santa Rita, Campamento de, 90
Sancti Spiritus, 25, 27, 30
Sandoval, Columna de, 40
Sanguily, 97
San Juan, Campamento de, 93
San Martín, 63
Santa Rosa, 84
Santiago de Cuba, 84, 97
San Pedro (río), 27, 73, 74, 77
sarna o aradores, 92
Sedano, Adalberto, 98
Serrana, Campamento de la, 66, 67, 70, 79
Sevilla (río), 89
Siboneyes, 25
¡Sic transit!, 43
sinvergüenciando, 28
Sipiabo, Campamento de, 25
Smith. Otto, 48
S. O. del Camagüey, 69
sol, 61, 62, 64, 74
solapa o abrigo, 26, 27
Spencer (arma), 19
Sportorno (sic), 6
Spotorno, 5, 28
Springfield (arma), 8
squatter, 17
suidadano (sic), 30
sui generis, 52

T

Tamayo, León, 97
Te Deum laudamus, 60
teger (sic), 59
Tibisial, 39
tío, 14
tiro de la vianda, 88
"Toro de Santa Rita," 89, 91
Torre óptica de Pinto, 82
tostar café, 78
Tower, 79
Trinidad, 6, 21, 30, 50, 65
Trinidad de Olano, 65
Trocha, la, 44, 50, 55-58, 62, 63, 69, 70, 79
Trozo de puercos (piara), 41, 48
trozo por el pié, 41
Tunas, las, 73, 80, 88, 89, 90, 96, 98

U

Urquiza, Perucho, 97

V

Valdivia, Pedro, 40
Valmaseda, Capitán General, 67, 96
Valladares, 6
Varas, las, 45, 47
Varona, Rafael de, 98
Varona, Tomás de, 98
Vázquez, Pedrito, 94
Vega, Francisco, 98
Vega, Pancho, 83
vejetación (sic), 29
Velazco, Brigadier, 84, 91
Velázquez, arroyo de, 17
Venezuela, 92
"Vereda de los Suspiros," 57
Vertientes, 76
véspero, 78
vía del "terror," la, 59
vianda, 16
Vicente, el práctico, 32, 36, 37, 40
Vicente, Vicente, 72, 74, 76, 80
Victoria de las Tunas, 91
Villa Clara, 50
Villamil, General, 55, 65, 76
Villareal, Teniente Coronel, 97
Villas, Las, 62, 65, 78, 79, 94, 97
Virgen, 63
"Virgen de la Caridad..." (oración), 31, 59
"¡Viva la *Guerrilla de Castilla!*" 37, 40
vivaque, 46, 64, 70, 89
volatería, 18
Vuelta Arriba, 28

W

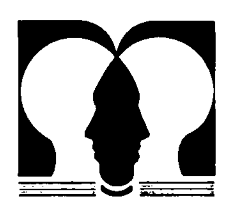
Washington, Jorge, 63

Y

yaguas, 14, 30, 31
Yara, 93
Yeguas, Fuerte de las, 76
yerba buena, 18
yuca agria, 14, 16, 92
yuca dulce, 16
yucal, 14

Z

zafacoca, 65
zam-pi-llae-ros-ta-ción, o salto por la vida, 24
zapatos de baqueta, 33
Zaza, márgenes del, 36
Zenea, 97
zoquete, 37
zorzal, 29



Esta edición especial del
CLUB DEL LIBRO LATINOAMERICANO
consta de 500 ejemplares



Se acabó de imprimir en Miami,
el día 1° de julio de 1977,
en los talleres de la:
Miami Book Mfg. Co.

